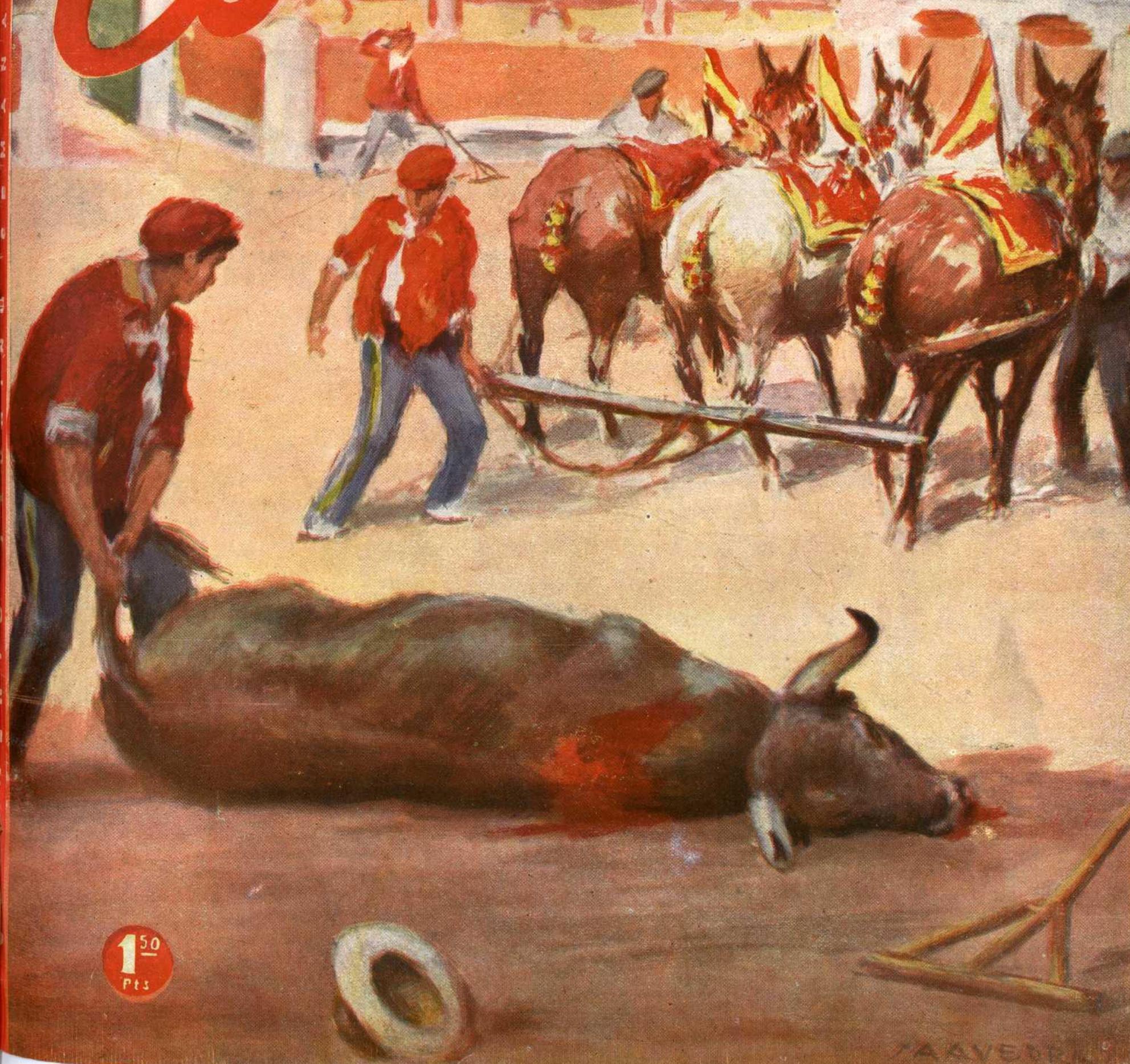


El Ruedo



1⁵⁰
Pts

TAAYEN



Desencajonamiento
(Dibujo de Perea.)

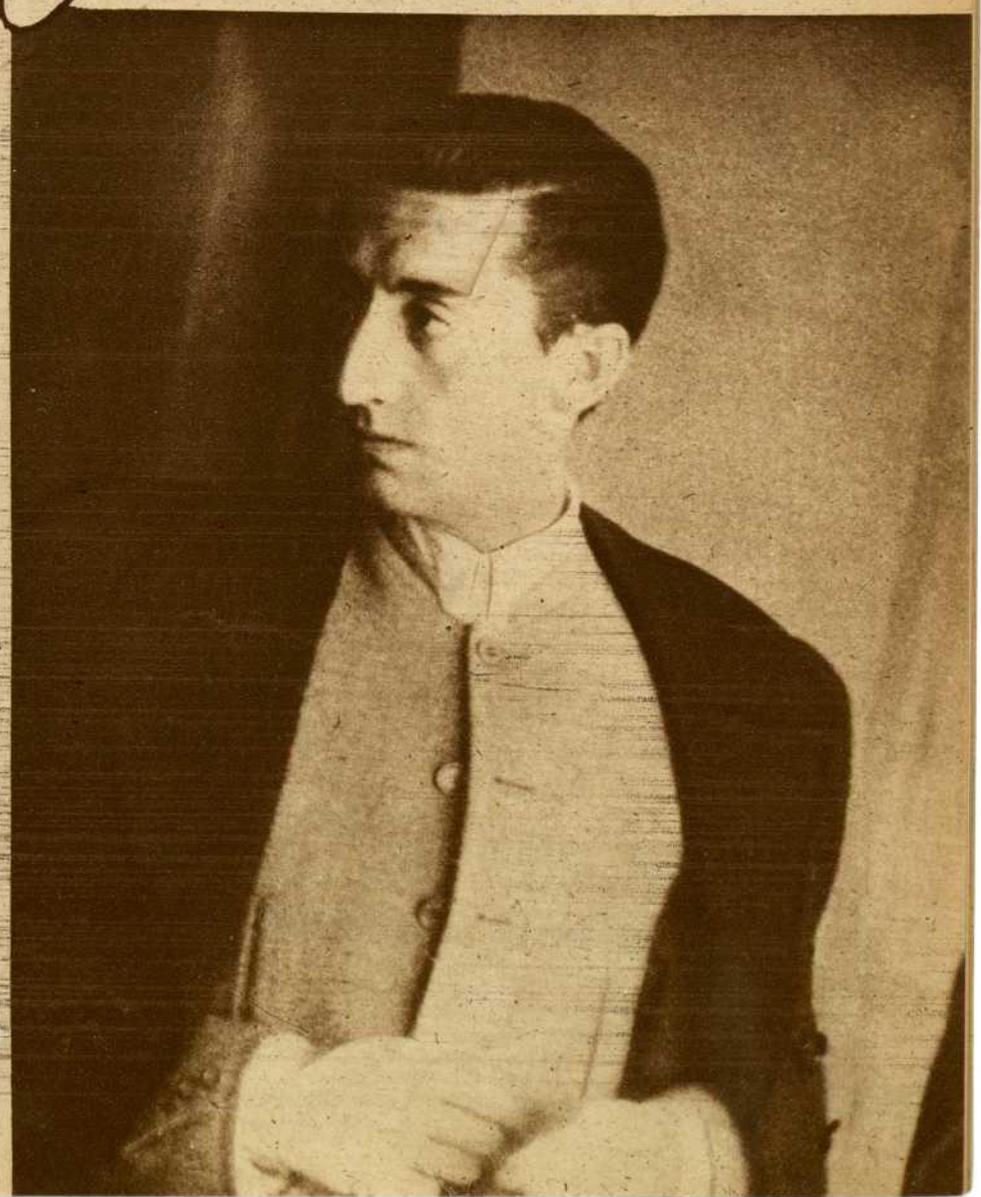
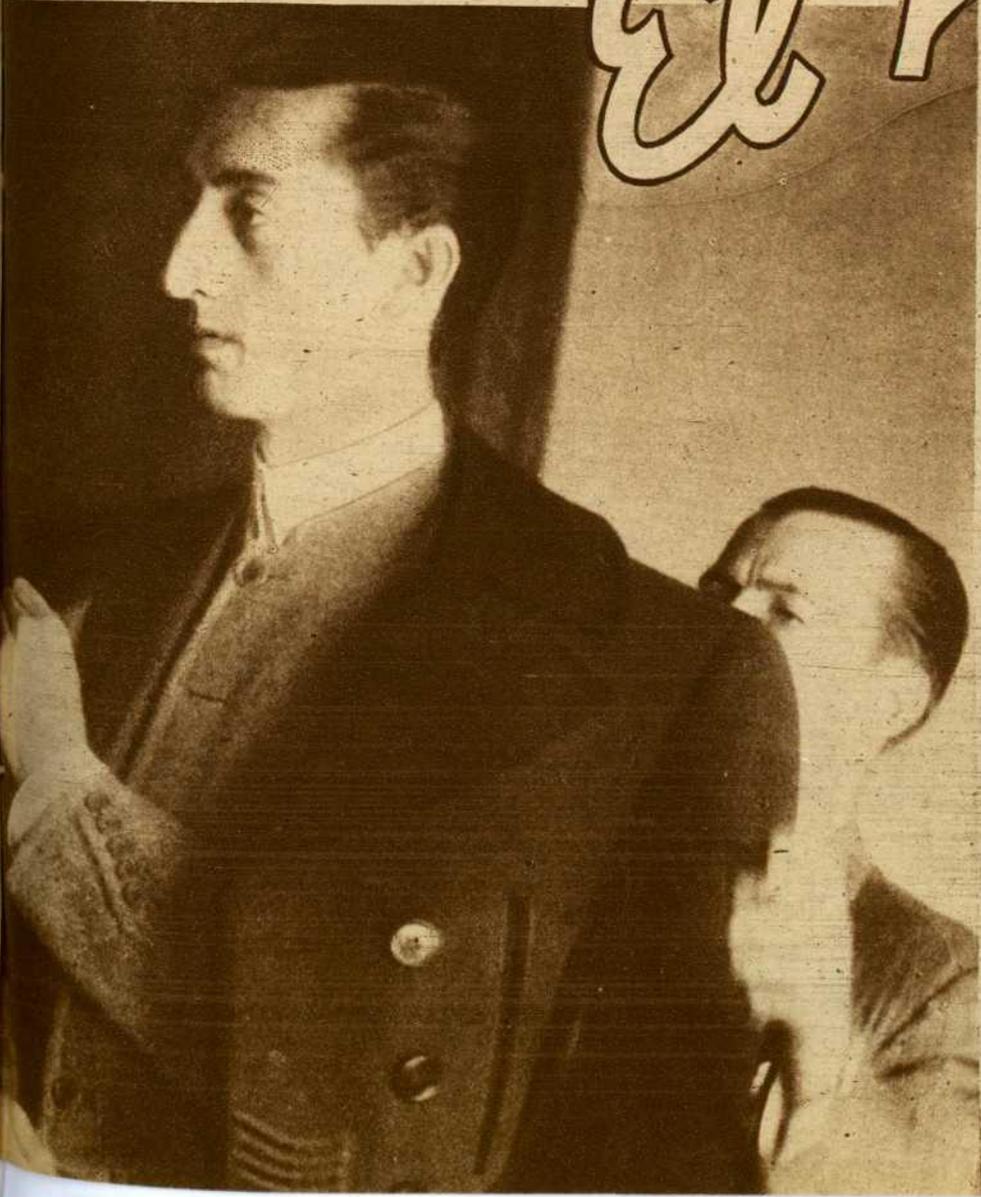
EN ESTE NUMERO:

MANOLETE

habla para EL RUEDO



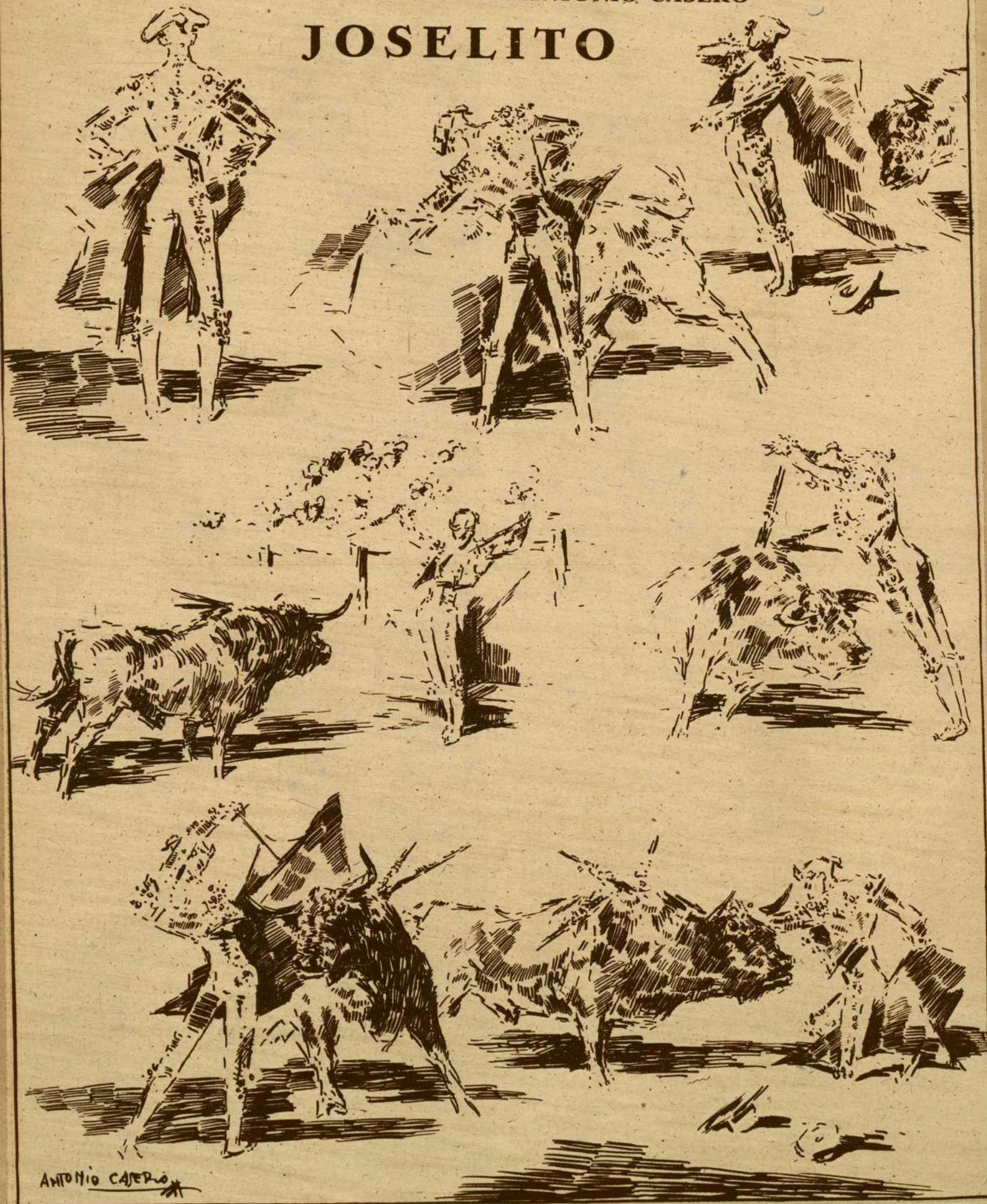
El Ruedo



ORO VIEJO

Por ANTONIO CASERO

JOSELITO

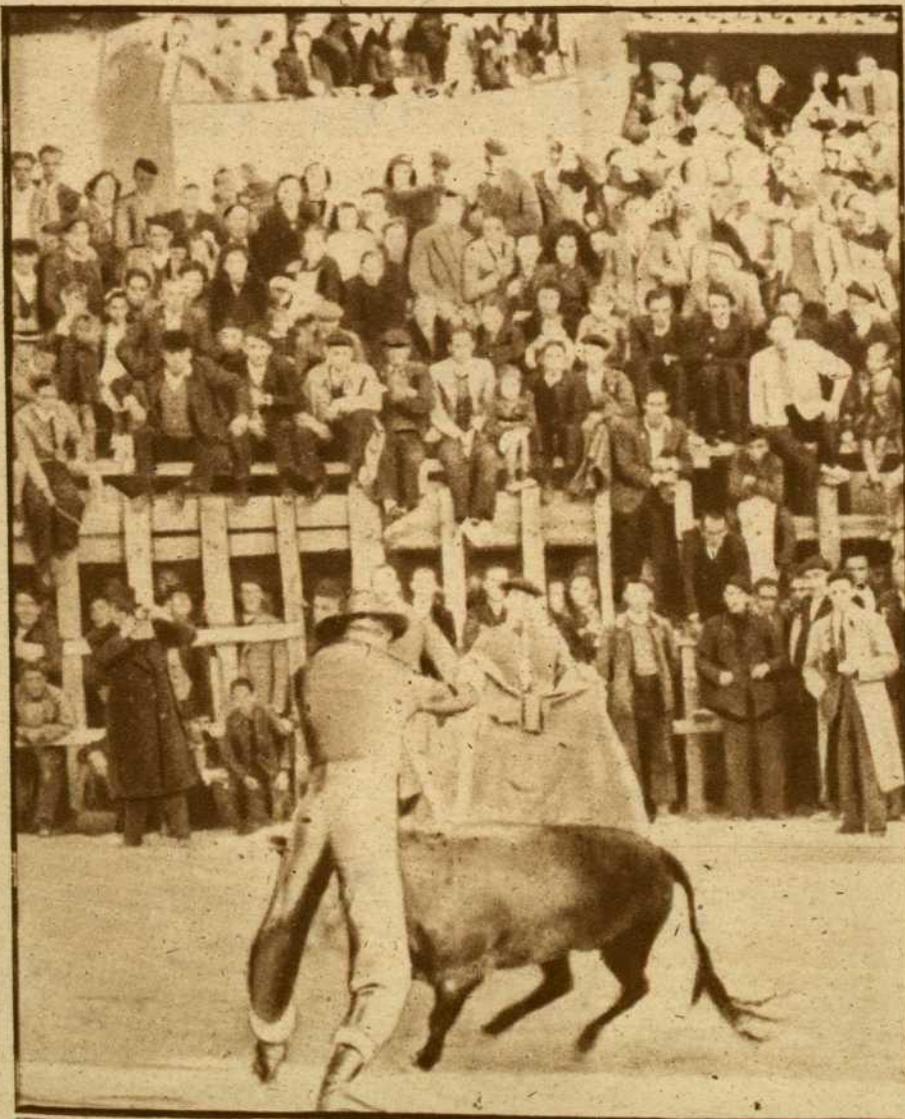




El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA

Año I -- Madrid, 1 de noviembre de 1944 -- Núm. 21



Una curiosa fotografía de Manolete en una suerte del toreo muy pocas veces practicada por el diestro de Córdoba: plantando un par de banderillas a un becerro en el festival de Arganda celebrado el miércoles pasado

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



Y ahora, ¿qué? Pues ahora, nada. amigos míos; que tenemos que lidiar el toro del invierno con la misma ilusión que esos novilleros modestos y esos maletillas de las capeas esperan la llegada de la primavera para consagrarse. Pero, entretanto, nosotros tenemos muchas cosas de que hablar. Balances, resúmenes, libros que aparecen, fenómenos que se destapan en aquella o en esta tiente, otros fenómenos que se entranan, los que pasan la vida en el campo, los que se entregan a la molición, los que se fueron más allá de los mares...

Todo esto nos dará temas sobrados para divagar amenamente y hasta con provecho para la fiesta.

Por lo pronto—aunque empiece a resultar machacón—, como primera providencia, seguro de que ustedes me ayudarán, dispuestos a suscribir mi demanda en caso contrario, pido a las Empresas de Madrid, Barcelona, Valencia y cuantas tengan instaladas básculas adecuadas para el caso, que pesen los toros vivos, antes de encerrarlos en sus respectivos corrales, y que requieran la presencia de las autoridades competentes para que certifiquen los resultados, que en todo caso se harán públicos.

Pido también a las Empresas de esas plazas y de todas las plazas, que durante el tiempo que los toros esperen en los corrales la hora de salir a la "candente arena", los alimenten como es debido y no los sometan a esos tormentos, ya insinuados por algunos compañeros, del "afeitado y del saco".

Ignoro si las insinuaciones tendrán fundamento. Por mi cuenta, puedo decir sin miedo a equivocarme que sí—y no fué figuración, puesto que la autoridad castigó el hecho—un toro "afeitado", pero no de barbas, ni de bigotes, sino de cuernos. Y tanto le apuró el "barbero", que el pobre animal sangraba por la ceja. En cuanto a eso del "saco", no he presenciado nada que me demuestre; pero me decido a creerlo, porque, ¿ustedes creen que un toro, aunque sea joven y pese menos de veinte arrobas, se puede caer con la facilidad que acostumbra a caerse en las plazas?

Puedo asegurarles, sin que esto sea presumir—¡Dios me libre!— que me vi en cierta ocasión cogido por un becerro apenas añojo y me voltó cuanto quiso, sin que mis juveniles esfuerzos ni los de mis numerosos "compañeros de lidia" consiguieran voltear a la bravucona fierecilla.

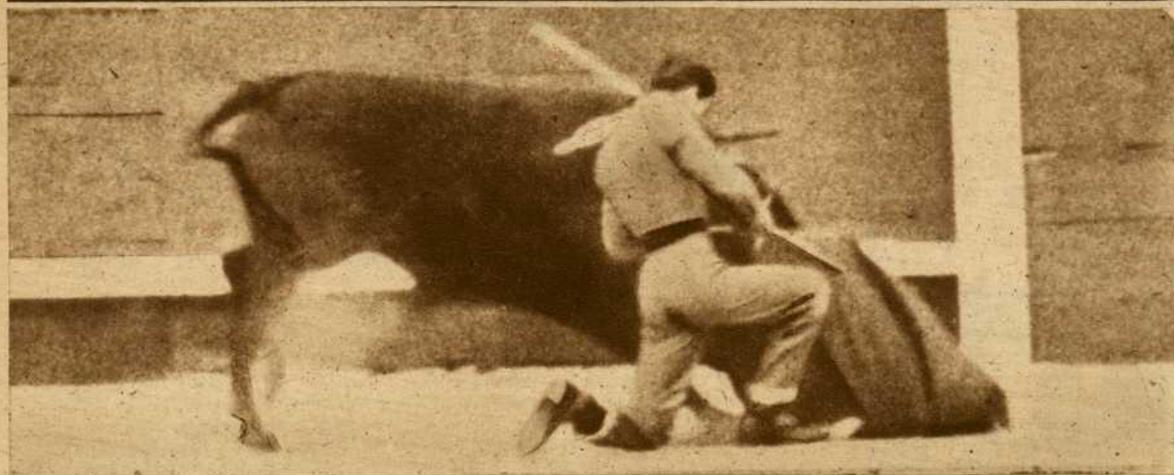
No es tan fácil, ni mucho menos, que se caiga un toro. Un tropezón cualquiera da en la vida, ¡pero tantos tropezones!... Esas cosas de los pisos de los corrales, el cajón y los viajes huelen a camelo. ¿Cómo es posible que unos b'chos que trotan y galopan por las dehesas, que resisten las inclemencias del tiempo durante tres o cuatro años, naturalmente dotados de fortaleza y nervio, se caigan luego con tanta facilidad?

Será cosa de pensar seriamente que ese cuento del "tío del saco", de que hablaba un querido compañero, no es ninguna broma, y yo voy a ver si lo averiguo, para contárselo a ustedes queridos amigos.

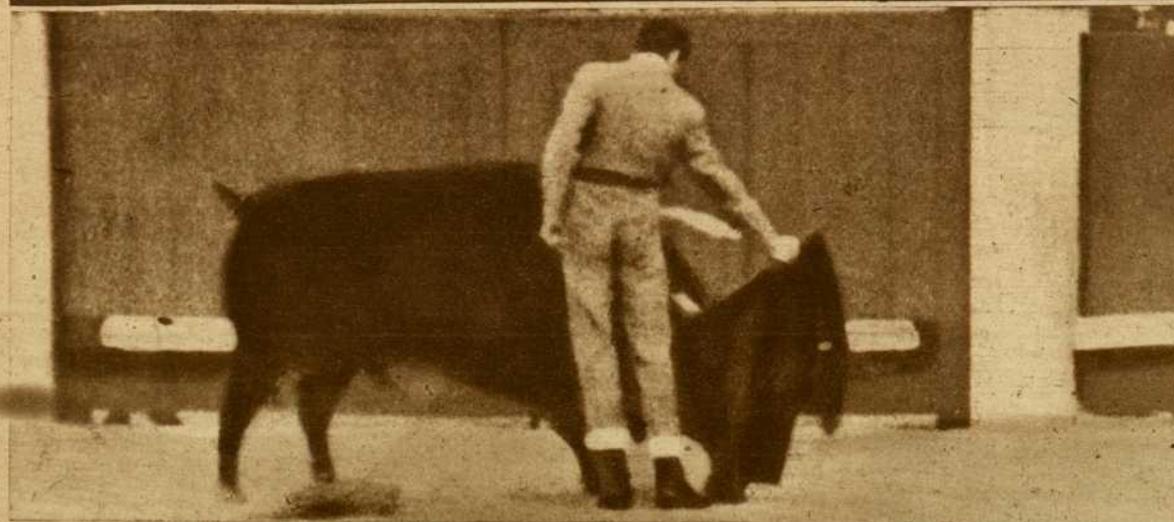
FESTIVAL TAURINO EN MADRID



Juanito Belmonte, Pepe Sánchez Mejías, Manolete, Aguado de Castro, Pedro Domecq y Pepe Martín, momentos antes de salir al ruedo para torear en el festival jueves, en Madrid



Un pase ayudado de rodillas de Manolete durante la faena de su segundo toro, el jueves, en Madrid



Manolete, firme la planta, en un mulletazo con la derecha, en el festival del jueves a beneficio del Hogar del ex Combatiente



El brindis de Manolete antes de la faena de su primer toro, el jueves, en Madrid

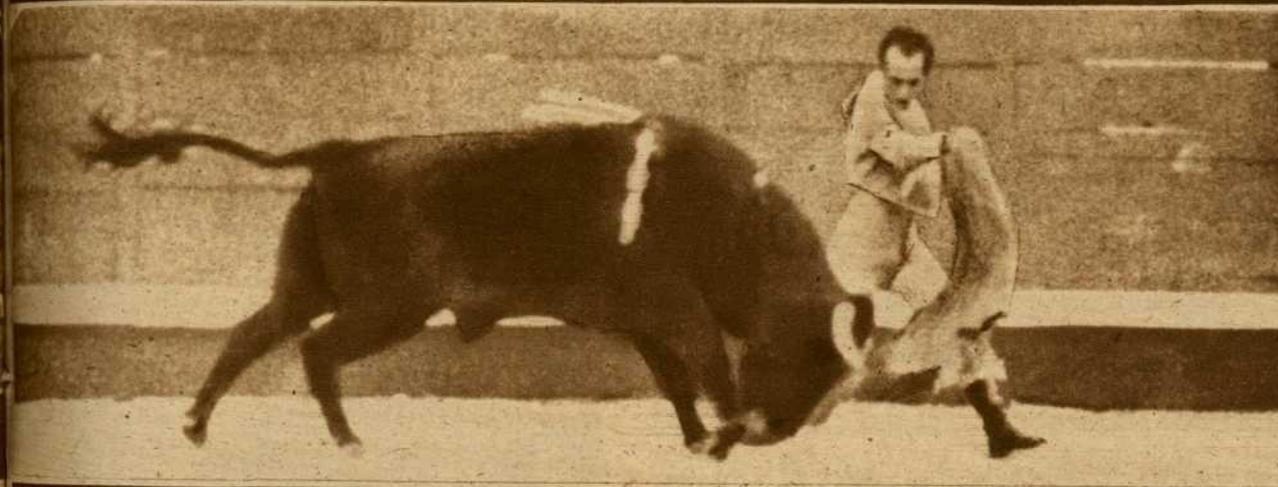
BELMONTE, SANCHEZ MEJIAS, MANOLETE, AGUADO DE CASTRO, PEDRO DOMECCO y PEPE MARTIN a beneficio del HOGAR del EX COMBATIENTE



Juanito Belmonte en un gran muletazo por alto con la derecha, durante la faena de su toro, en el festival taurino del jueves



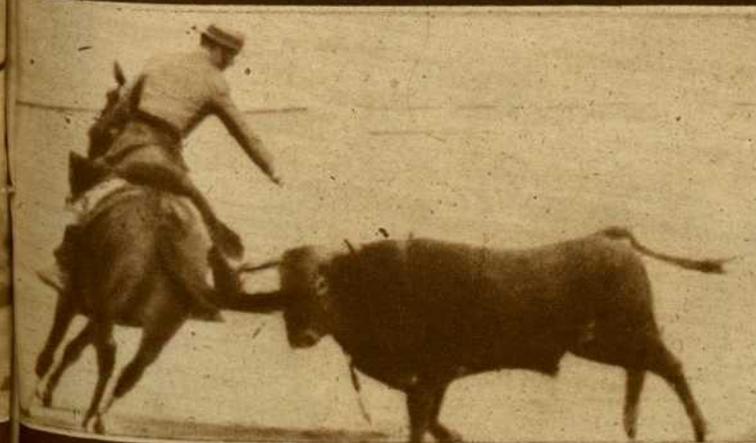
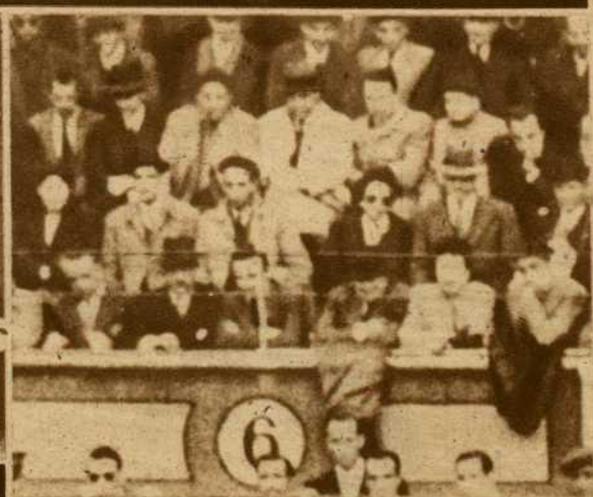
Un magnífico ayudado por alto de Juanito Belmonte, con el que inició la faena de muleta



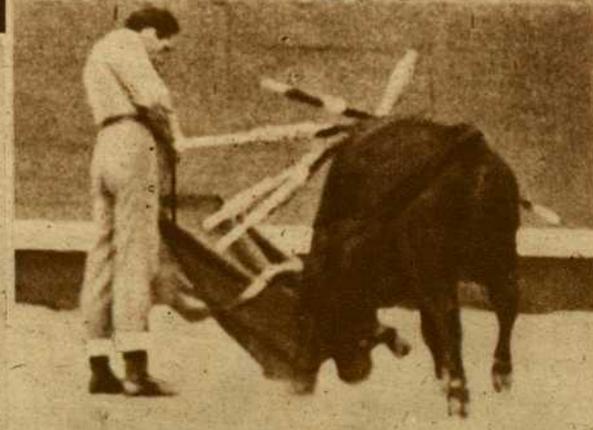
Encerrado en tablas, Joselito Sánchez Mejías muletea valientemente a su toro y le da este pase por alto en el que el bicho va embebido en los vuelos de la muletila



El gran aficionado Pepe Martín, toreando magníficamente por naturales, en el festival del jueves



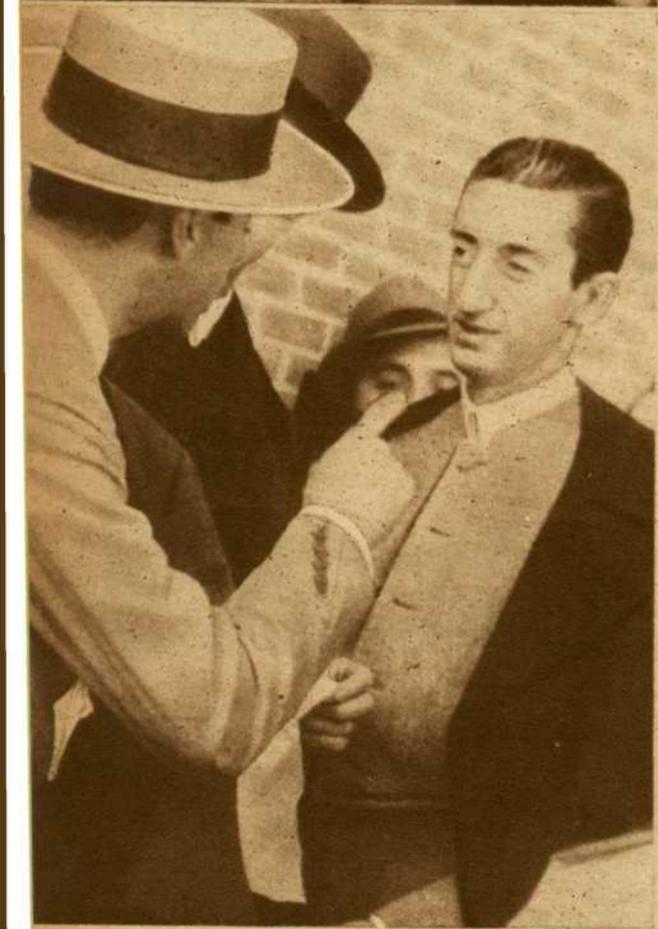
Pedro Domecq toreando a caballo antes de rejonear en el festival del jueves en la Monumental



Manolete en un pase natural, durante la faena del segundo toro, en el festival del jueves



Manolete dando la vuelta al ruedo para recoger las ovaciones del público después de la muerte del segundo toro en el festival del jueves (Fotos Baldomero)



Manolete y Pepe Martín momentos antes de salir al ruedo
(Fots. Manzano.)

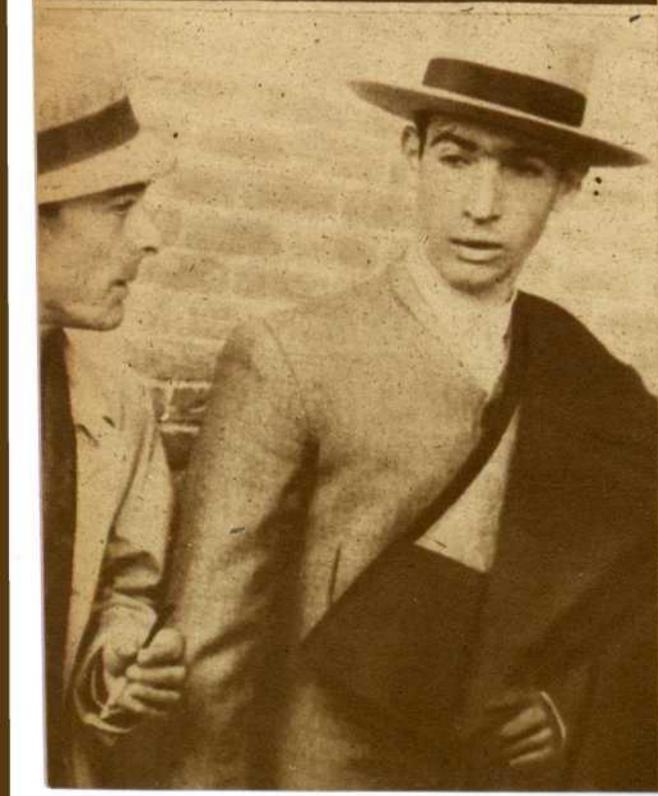
**Belmonte, Sánchez Mejías,
Manolete, Aguado de Castro,
Pedro Domecq y Pepe Martín**
en los preliminares del festival
madrileño a beneficio del
HOGAR DEL EX COMBATIENTE



Pedro Domecq, Sánchez Mejías, Pepe Martín,
Manolete y Aguado de Castro, el jueves, en la
Monumental

Manolete, en el patio de caballos, dispuesto para el paseíllo,
espera la señal presidencial

Tres gestos de Juanito Belmonte en el patio
de las cuadrillas, la tarde del jueves, en Madrid



SIN VISTO BUENO

¡Que salga el toro!

Por EL CACHETERO



FIELES a una costumbre que data de un año, damos de lado el resumen estadístico y aun todo lo que pueda parecer resumen de la temporada vista. Vamos, por el contrario, a comentar lo que, no fué la temporada, lo que no se vió, y de verse, no fué desde luego con visto bueno. Acaso, en el rigor y sucesión de las críticas, el deber noticioso obligó a dar cuenta de lo que se veía, exigió una visión positiva de las cosas, quedándose lo que la contradecía en leves gruñidos al margen. Todos ellos han venido colmando un saco más que mediano que va a intentar volcarse en forma de escolios a lo que se dijo, para echar su buena agua al vino de lo visto. Si al cabo de no sé cuantos años, el curioso quisiera

enterarse de cómo se desenvolvió en los ruedos el cuarenta y cuatro, erraría notoriamente—en lo que a mí se refiere, al menos—si se detuviese en la lectura de las crónicas positivas y no echase un vistazo a éstas, que van a ser el contrapeso y la mala sombra de la temporada, el volumen en que ésta ha pasado sin visto bueno, de matute, tramposamente y a regañadientes.

A una temporada sin toros, pueden ya por lo pronto irle quitando la mitad de brillo, por lo menos. Y salvo raras excepciones, que no valen ni siquiera para desnivelar ligeramente el bloque de un conjunto, no se han lidiado toros. Ni los del Reglamento—claro—, ni siquiera los amparados en unas disposiciones transitorias que ya deben ser de lo poco transitorio que queda en el panorama nacional de la postguerra. Lo del peso de los toros es una de las pocas cosas que necesitan andadores a los cinco años aún. Bueno, pues aun así, ni rebajando el concepto legal del toro a un extremo peligroso, se ha podido evitar que el ochenta por ciento casi de las corridas celebradas en España durante la pasada temporada se hayan visto multadas por falta de peso. Esto en lo que se refiere a las que parecían tener que multarse y han salido a flote por no sé que insondables misterios de las básculas.

Si pasamos del peso a la edad, medrados vamos a estar. También el toro ha sufrido en ello una rebaja discreta y aquello de los cinco años, y aun los cuatro cumplidos, va camino de los museos de arqueología taurina. Por si fuera poco, por si no se estimase que con poco peso y sin edad cumplida podía salir un toro por equivocación, el rumor público, muy firme, muy acusado, habla ya sin asomos de rubor del «arreglado» que en la dehesa, cajones o corrales sufren las birrias astadas que superan con asomo de peligro la carrera de obstáculos del peso y la edad. Se habla ya en letras de molde de escándalos que antes no podían pasar del rumor de oído a oído, de que a tal corrida le han serrado los pitones, de que a tales toros les han purgado o les han deshecho los lomos a tablonazos antes de salir a la Plaza. Aquí ya sé que si se intenta la menor alusión a las personas interesadas, se rasgarán las vestiduras y adoptarán su mejor aire de dignidad ofendida. Pues bien; yo ya llevo viendo toros algunos años, y aseguro que desde el tendido he visto unas astas cuya morfología en cono, su color y su apariencia entera me harían pensar que algún «suavizador» anduvo por medio con fortuna. En Madrid y en otras plazas.

En resumen, que en la temporada pasada, el grito «¡Que salga el toro!» se ha visto seguido de la aparición de un bichejo escurrido, sin pitones, andando y cayendo de tumbo en tumbo y de vara en vara.

De vara en vara, porque en inmensa mayoría no han pasado de la segunda, ni del par y medio de banderillas. Y hacerle gracias a estos animalillos se llama torear. Pues eso se le ha llamado en la temporada que empezamos a comentar, y de la que ya empieza la rebaja y el destripamiento de la trampa.

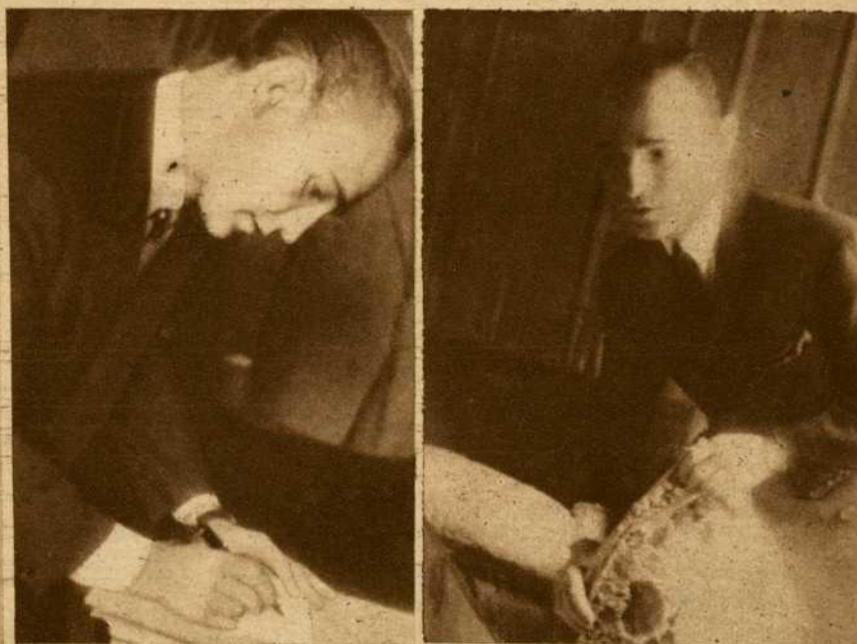


Toreros españoles a América

RAFAELILLO embarcará en Bilbao, para torear en Lima



Rafaelillo en su casa, contemplando unos dibujos taurinos que adornan las paredes



Rafael, antes de marchar, firma autógrafos de despedida

El diestro recogiendo sus avíos de torero para meterlos en la maleta



El adiós a la Plaza madrileña, hasta la temporada próxima

CARTEL DE VALENCIA



Miguel del Pino, El Choni y Fermin Rivera antes de hacer el paseillo.



Del Pino en una ajustada manoletina a su segundo toro.



Miguel del Pino abraza a El Choni en el momento de brindarle el toro.



Un muletazo con la derecha de El Choni a su segundo toro.

VALENCIA 29 (Mencheta). — Se lidiaron toros de Arranz, de Salamanca, para Fermín Rivera, que hacía su presentación en esta Plaza; del Pino y El Choni. Algo más de media entrada.

Primero.—Rivera lo saluda con dos lances por faroles; rodilla en tierra, oyendo la primera ovación, que se reproduce en su quite por chicuelinas.

El toro llega al último tercio muy agotado; pero obligando mucho y ciñéndose un horror, el mejicano lo muleteó con ganas de agrandar, sacando unos cuantos pases en redondo y dos molinetes muy estimables. Una entera algo caída y descabello al primér golpe. (Ovación, vuelta y petición de oreja, oyendo protestas el presidente por negarse a concederla.)

Segundo.—Dos verónicas y media de El Choni, lo más destacable del primer tercio, con tres varas y luego un par y dos medios. Del Pino se hace aplaudir en unos muletazos en redondo, intentando luego el molinete, pero sale trompica-do. Sigue voluntarioso, pero movido y con poco lucimiento. Deja media tendida, que basta. (Palmas y saludos.)

Tercero.—Lances muy buenos de El Choni, rematados con una chicuelina impecable y repitiendo con otras cuatro de la misma clase en su quite. Dos varas, la segunda honda y recargando, y tres palitroques. El Choni da cinco ayudados por alto, sin apenas enmendarse. Ejecuta luego otros cinco en redondo, que son una filigrana. (Ovación y música.) Ciñéndose mucho, sigue su faena dominadora y artista, con pases de todas marcas, destacando en tres naturales, rematados con un adorno muy vistoso. En-



El Choni saluda desde el tercio y muestra la oreja cortada a su primer toro.

SEIS TOROS DE ARRANZ, PARA FERMIN RIVERA, MIGUEL DEL PINO Y EL CHONI



Un adorno de Rivera durante la faena a su primero



El mejicano Fermín Rivera, que debutaba en Valencia, hace el paseillo montera en mano

trando recto y fácil, deja media en su sitio. Pincha dos veces, a toro casi humillado, y descabella a la primera. (Ovación, oreja y vuelta, invitando a saludar desde el tercio a los compañeros de terna.)

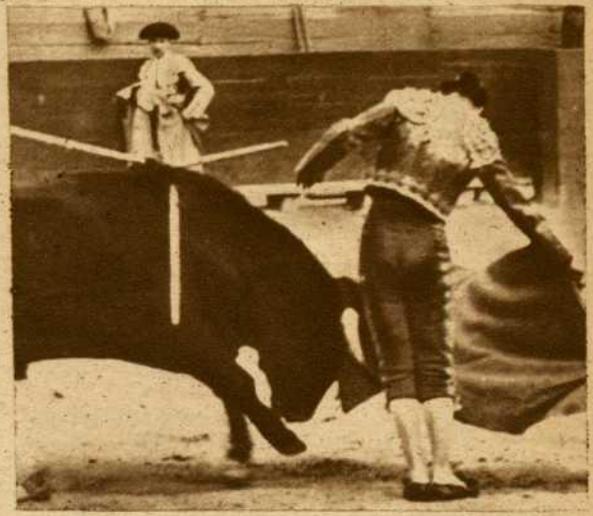
Cuarto.—Toma cuatro varas en lidia poco ordenada y tres pares. Fermín Rivera muletea por alto y en redondo, ciñéndose mucho, pero sin prestarse al lucimiento el toro, que embiste incierto y derrota continuamente. Da unos cuantos pases de castigo y, con poco estilo, señala un pinchazo y otro sin soltar. Deja luego una estocada delantera y descabella después de varios intentos, sin preparación. (Silencio.)

Quinto.—Lances sueltos de Del Pino y un quite por verónicas de El Choni, que se aplaude. El toro entra seis veces a los montados, recibiendo poco castigo, y luego dos pares y medio. Del Pino brinda a El Choni y hace una faena voluntariosa y valiente, pero de poco relieve, destacando en unos pases de costadillo con la derecha. (Aplausos de simpatía y música.) Dos pinchazos y media, que basta.

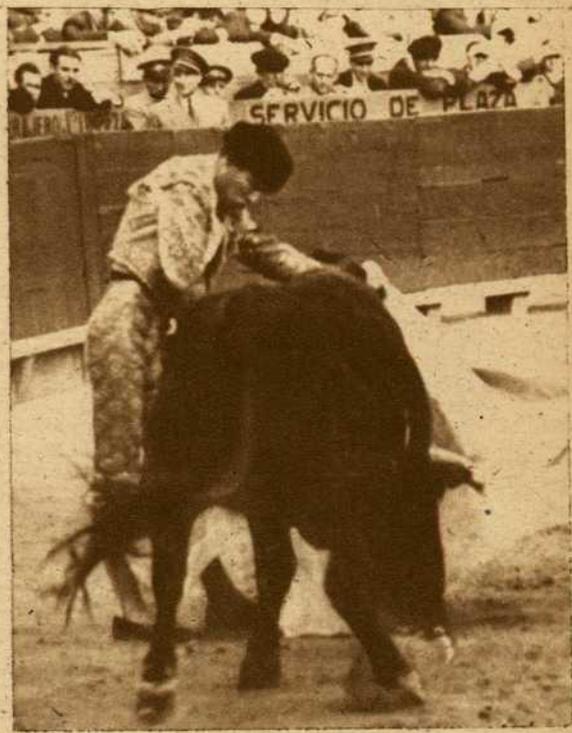
Sexto.—El Choni, regular con el capote. El bicho acusa tener defecto en la vista y es protestado. Dos varas y dos pares y medio. El Choni, a los acordes de la música, realiza una faena breve, pero eficaz, para dos pinchazos y una entera delantera, que basta. (Es despedido con una gran ovación.)

El ganado, bien presentado y manejable, a excepción del cuarto y sexto.

El peso en canal fué, por orden de salida, el siguiente: 231, 217, 223, 232, 219 y 234 kilos.



Un pase por bajo con la derecha de Miguel del Pino



El Choni lanceando de capa al toro del que cortó la oreja



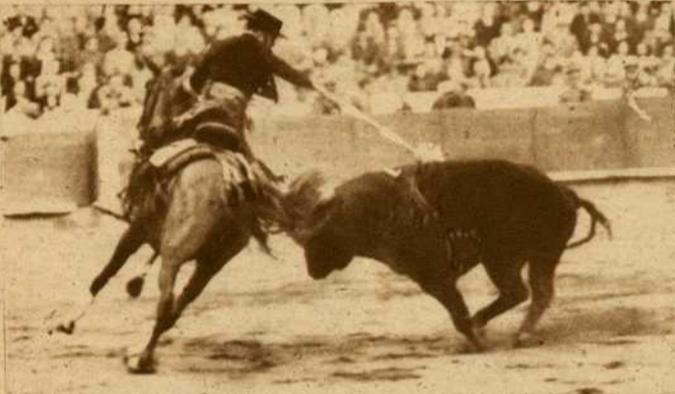
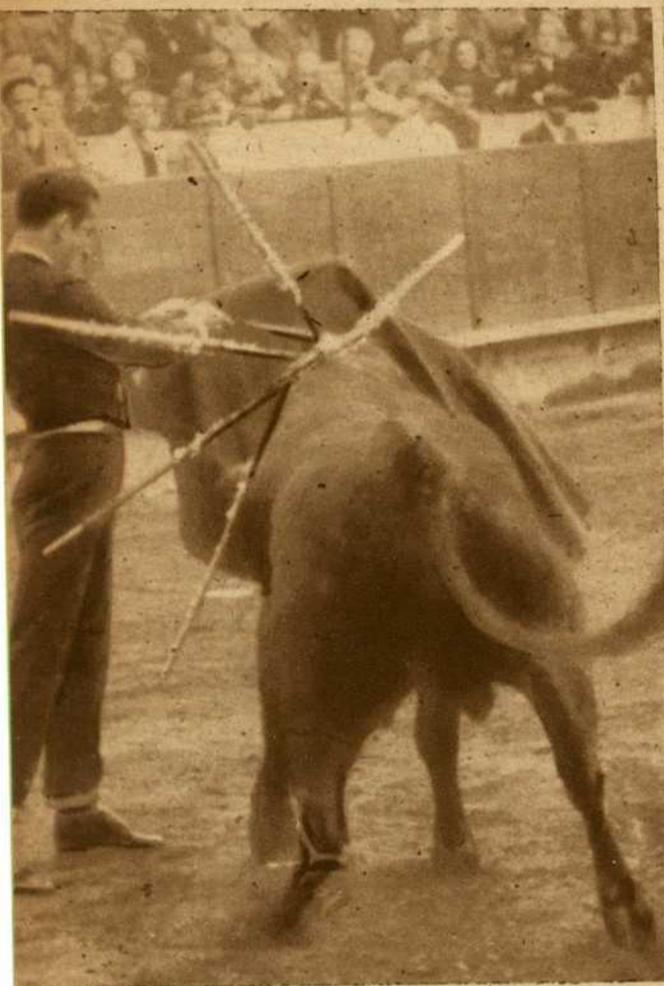
Un pase de pecho del mejicano Rivera al primero de la tarde

**Festival del sábado en
BARCELONA**

**Alvaro Domecq • Juanito
Belmonte • Manolete
Domingo Ortega • Pedro
Domecq • José Martín**



El paseo de las cuadrillas en el festival del sábado en Barcelona, a beneficio del Frente de Juventudes.



Un buen reión en todo lo alto del caballero lerezano Alvaro Domecq



El aficionado Pepe Martín fijando al toro en unos pases por bajo



Domingo Dominguín toreando por faroles



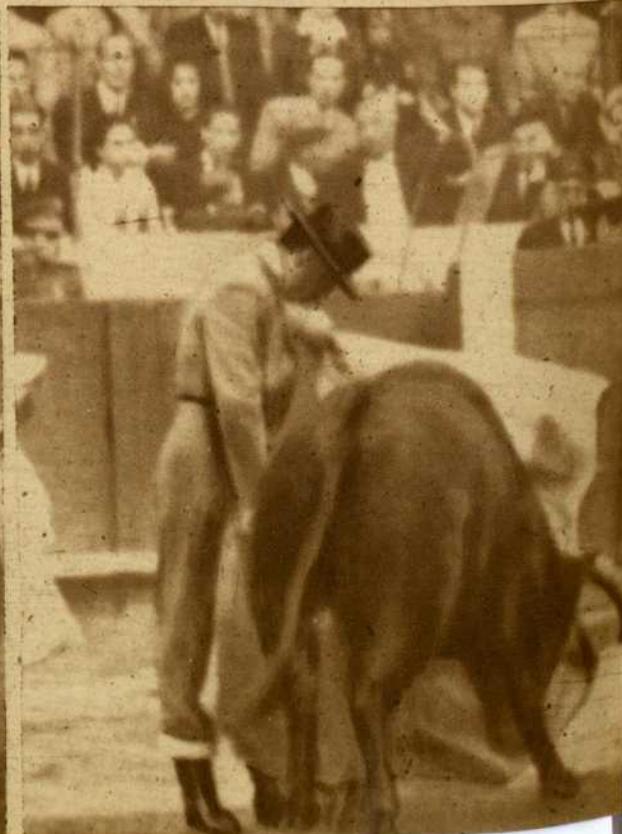
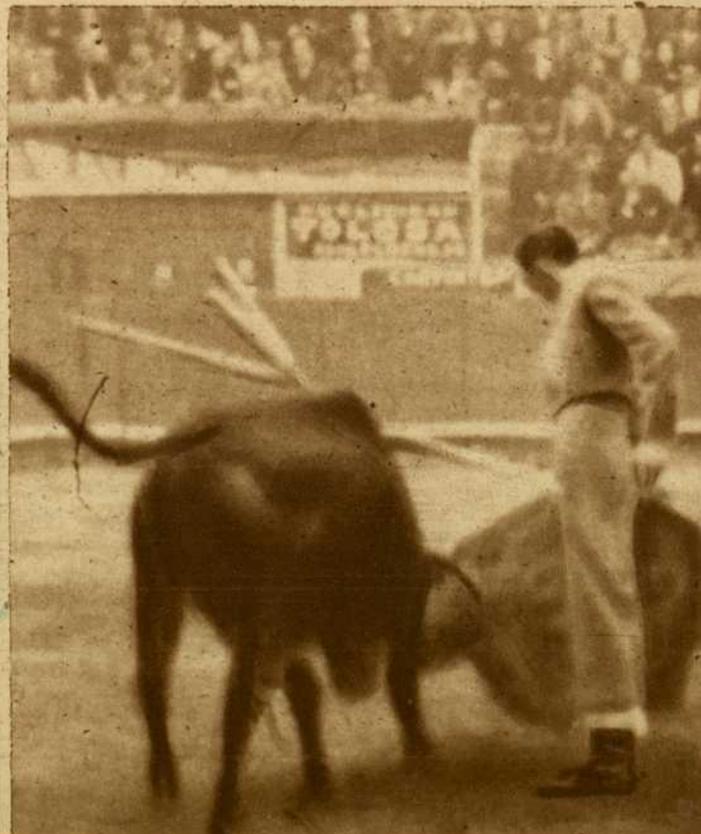
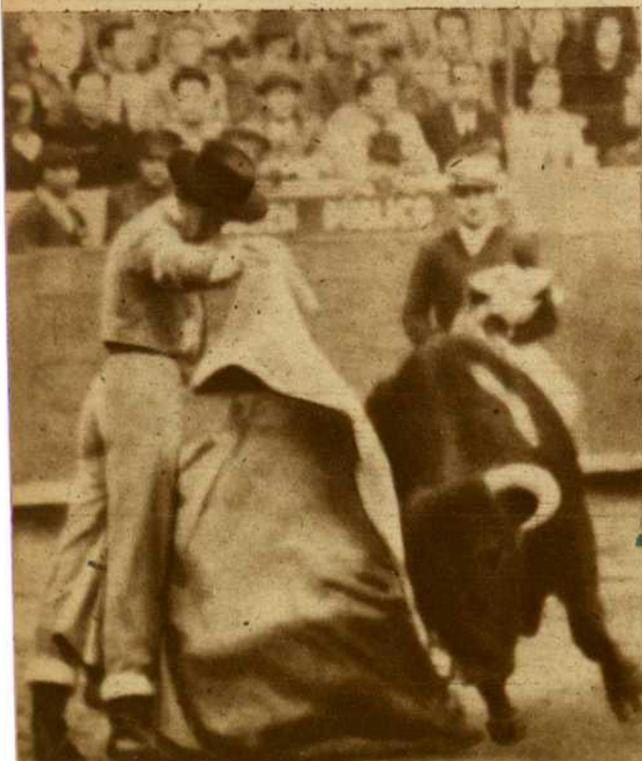
Un pase con la derecha de Pedro Domecq

Juanito Belmonte en un pase por alto al toro del que cortó la oreja

Manolete en un pase en redondo al toro del que cortó la breja

Un ceñido lance de capa del diestro cordobés en el festival del sábado

Manolete en un magnífico lance de capa, a la salida de un quite



DESPUES DE AQUELLA CORNADA

MANOLO ESCUDERO, salvado para el toreo

El diestro madrileño ha pasado cerca de tres meses entre la vida y la muerte

Dentro de veinte días estará en disposición de torear

ver a vestir el traje de luces. A diario, cuando el doctor Bravo le hacía la cura, Manolo Escudero preguntaba:

—¿Tardaré muchos días...?

Tenía puesta su ilusión en el contrato firmado para Méjico, y la fecha de salir el barco se aproximaba.

Piadosamente se le iba engañando. Hasta hace ocho días, en que el doctor le midió su capacidad respiratoria. Se aproximaba a la normal. La herida estaba casi cicatrizada.

—¿Falta mucho, doctor?—seguida preguntándole con el pensamiento puesto en su contrato con América.

Entonces, el doctor Bravo le dijo:

—No. No piense en ir a Méjico. Pero, en cambio, le voy a dar una noticia mejor.

—¿Cuál?

—Que su curación es segura, y, sobre todo, que quedará usted absolutamente bien para volver a torear...

La alegría del torero sería difícil describirla. El mismo Manolo Escudero se había sentido definitivamente desesperanzado. Cuando hablaba de América, lo hacía con el afán de engañarse a sí mismo. Pero él se veía ya, para siempre inválido, cortada su carrera cuando el más franco éxito le sonreía.



Manolo Escudero, hace unos días, en San Sebastián.

UNA cogida tonta y un finísimo torero madrileño a punto de perder la vida. Una cornada desgraciada y muchas semanas de angustia, con la perspectiva, en caso de no morir, de quedar inútil para el ejercicio de su profesión.

Esa ha sido la angustia de días y semanas de dolor de Manolo Escudero.

La cornada le había atravesado la pleura. En un principio se creyó que interesaba también el pulmón. Sobrevino la pleuresía, y tuvieron que ponerle un drenaje. Luego sobrevinieron otras complicaciones, y hubo momentos en que se temió la gangrena pulmonar. Le metieron en el pulmón un suero antigangrenoso, y en una lucha a brazo partido con la muerte, al cabo de muchos días, se logró la esperanza de salvarle la vida.

Pero, ¿podría volver a torear? Esa respuesta era bastante más difícil. Se tenía por segura la secuela de cierta inutilidad del aparato respiratorio. Lo probable era que Manolo Escudero no pudiera vol-



El diestro madrileño, acompañado de su madre y su hermana. (Fotos Marín.)

—¿Qué... puedo... volver a torear?— balbució entre sollozos de alegría.

—Sí. Ahora, quince días de gimnasia respiratoria, y para el 15 de noviembre ya está en condiciones de torear. Al campo, a los entrenamientos, y en la temporada próxima, al triunfo definitivo.

Manolo Escudero abandonó hace unos días la clínica donde fué atendido.

Ha pasado varios en un hotel donostiarra.

Y allí, antes de salir para Madrid, hemos ido con Marín para que le haga unos fotos.

Su madre y sus hermanos expresan su alegría.

El torero, fuerte ya, restablecido casi por completo, sale a la calle.

Vamos al paseo de los Fueros, frente a la ría.

Manolo mira al mar.

Ahora es cuando piensa en la contrata perdida. Y una profunda melancolía se apodera de él.

—Ha perdido usted esas corridas de Méjico—le decimos—; ¿pero no está satisfecho de haber encontrado la salud?

—Es verdad.

Y optimista, satisfecho, este muchacho madrileño se despide de San Sebastián, donde una tarde de agosto estuvo a punto de dejarse la vida en las astas de un toro.



Escudero, en compañía del doctor Bravo, al salir del hotel donde se hospeda



LOS CUARENTA Y CINCO AÑOS DE VIDA TORERA DE RAFAEL EL GALLO

“El que no lidia es como el que no templá la guitarra”

DÍAS DE UN MADRID EN GUERRA XXI

Toda la guerra la pasó El Gallo en Madrid. Serrano, su antiguo mozo de estoques, lo había metido en la pensión de la carrera de San Jerónimo. Cuando sonaban próximos los cañones, Rafael bajaba a refugiarse a la cueva y llevaba las calcetines metidos en un bolsillo. Fue, que nosotros sepamos, la única persona que conservó la indumentaria de los días de paz: su sombrero ancho y su capa. A veces, hasta su puro, que amigos y admiradores sacaban nadie sabía de dónde. Una noche llegó corriendo a la pensión, con un trozo de metralla en la mano, y dijo, como si tal cosa:

—¡Fijarse de la que me he librado! En el hombro me lo he cogido.
Rara vez se aventuraba a pasar de la esquina de las Cuatro Calles. Una tarde, sin embargo, se había llegado hasta el «Lion d'Or». Allí estaba sentado con varios amigos, cuando dos milicianos se acercaron a pedir documentación. Se despidieron con la palabra de rigor:

—¡Salud!
Y El Gallo:
—¡Quedar con Dios!

Siempre había saludado así y era ya un poco tarde para empezar otros modos. Aquellos dos hombres se volvieron, como si no hubieran escuchado bien. Una de las personas se levantó y se fue a hablar con ellos. Y no pasó nada. El Gallo le preguntó al que estaba a su lado:

—¿Y este lío a qué viene?
Otra vez estaba en la estación y miraba asombrado el aspecto que le daba la guerra. Se conoce que no se explicaba aquello, porque preguntó:

—Oye, tú, ¿qué pasa con la tropa?
Serrano le aconsejó que no saliera a la calle, para evitar que solicitaran su concurso para torrear en festivales. Así lo hizo Rafael; pero hasta a la pensión iban a buscarlo. Entonces recurrió a no afeitarse y a meterse en la cama tan pronto como llegaba visita. Se metía con botas y todo, y cuando entraban los organizadores y exponían sus pretensiones, decía compungido:

—¡Imposible, hijos! Fijarse cómo estoy...
Serrano se encargaba de proveerle de café, que él solo sabe cómo conseguía. Pero las cosas se ponían cada día peor. Fue entonces cuando se abrió el colmado «Los Hércules», que se dijo era de Rafael. En realidad lo puso Serrano para sacar adelante a su familia y a su espada. Rafael lo que hizo fue la propaganda en forma de estar siempre en el establecimiento. Eso y darle un brillante a Serrano para que emprendiera el negocio.

UNA RETIRADA DE RAFAEL

Una de las «retiradas definitivas» de Rafael fue, por consejo y presión de su hermano José, en el año 1918. El acontecimiento tuvo lugar en Sevilla. El brindis del toro de su despedida supuesta—a los siete meses reapareció y en la misma ciudad de Sevilla—ha quedado en el copioso repertorio del anecdótico de Rafael. Se lo brindó sucesivamente a Fuentes, a Bombita y al Algabeno y luego se fue muy serio a su hermano José, le dio los trastos y le dijo que lo matara él.

¡Cosas de El Gallo! Como aquella vez que iba a torrear en Celaya, mano a mano con Silveti, y cuando se estaba vistiendo para ir a la Plaza ordenó que le trajeran una patata. Cortó cuidadosamente dos rodajas y se las puso bajo el talón. ¡Y a la Plaza! Aquel día dió una tarde de toros formidable.

Pues, ¿y lo de los kilométricos? Una temporada le dió por que eso de los kilométricos era una estafa y dió orden al mozo de que sacara siempre para él y la cuadrilla billete ordinario. El mozo fingió obedecerle, pero sacó los kilométricos por su cuenta, y así aquella temporada, que fue una en las que más corridas toró Rafael, pues sumó muy cerca de cincuenta, se metió en el bolsillo la diferencia en el precio de unos y otros billetes. Total, treinta mil pesetas.

A LA ENFERMERIA POR... GUSTO

Miles y miles de casos así se pueden contar para formar con todos el caso Rafael. Pero hay que ir pensando en la terminación de estos reportajes, y vamos a abreviar. No obstante, nos costaría trabajo dejar fuera un hecho que



sucedió en la Plaza de Barcelona. En el primer toro le dieron a Rafael los tres avisos, después de escuchar los cuales se fue por su pie y con toda tranquilidad a la enfermería, sin hacer caso de los gritos del público indignado.

Siguió la corrida hasta que soltaron el segundo toro de Rafael. Y Rafael sin salir, a pesar de que los espectadores reclamaban su presencia, ¡y de qué modo! Manuel Belmonte, buen compañero, se dispuso a conjurar la tormenta. Marchó hacia el toro y... no pudo llegar, porque el público se enfureció más todavía. Aquello se ponía feo que muy feo. Nuevamente intentó Manolo ir al toro; pero esta vez los gritos fueron acompañados de almohadillas y objetos variados. Nada, que el respetable no pasaba por la deserción de Rafael. Se había dado cuenta de que no había causa aparente que justificara su ausencia del ruedo y exigía que saliera. El presidente no sabía qué hacer. Los toreros, tampoco. En medio de la tormenta, Manuel Belmonte se fue a la enfermería. El Gallo estaba tendido en la cama de operaciones. Se había quitado la chaquetilla para mayor comodidad, pero en cambio conservaba la montera puesta. Tenía los ojos puestos en la nada, en una de esas miradas de ausencia tan frecuentes en Rafael. Fumaba su puro con verdadero deleite y se encontraba, en fin, muy a gusto en aquella situación, que vino a cortar Manuel Belmonte:

—¡Maestro, maestro!
—¿Qué pasa, hombre?
—Que la cosa está que arde.
—¿Pues y eso?
—Que se han empeñado en que salga usted.
—¿Y a ti qué te parece que debo hacer?
—Salir. De lo contrario no sé dónde vamos a ir a parar todos.
—Está bueno, hombre. Voy a salir, para que veas que quiero complacerte a ti. Pero a ti, ¿eh?

Se levantó, se puso la chaquetilla, dejó el puro sobre cualquier sitio y salió al redondel. Se echó el capote a la espalda y levantó de entusiasmo al mismo público que un segundo antes le gritaba. Y vino la faena de muleta grandiosa coronada por la estocada hasta el puño. La Plaza hervía. ¡Rafael, el único! Y Rafael —el único—, indiferente a todo aquello, se fue, sin mirar al graderío, otra vez a la enfermería; se quitó la chaquetilla, encendió el puro y se acostó de nuevo...

LA LIDIA Y EL TOREO

A Rafael no le ha gustado nunca llevarle la contraria a nadie. Lo que él dice: «¡Allá cada uno!» Por eso, en la Plaza, si algún subalterno le decía:

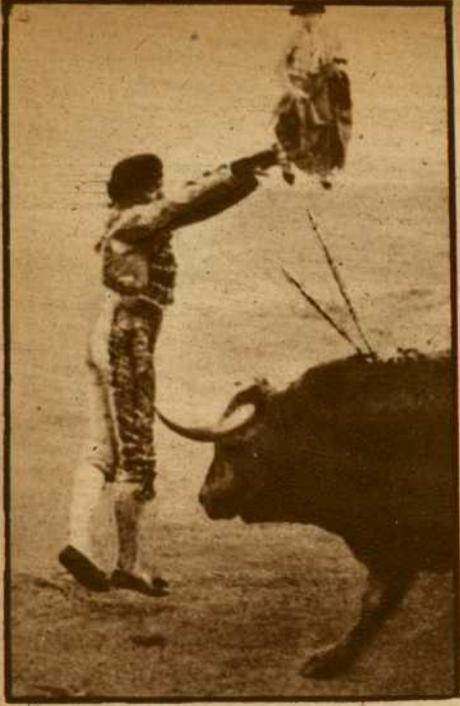
—Maestro, voy a darle al toro un capotazo por acá.
El se limitaba a contestar:
—Bueno.

Aunque tuviera el convencimiento de que el capotazo estaba mejor para allá que para acá. Pero, ¿para qué disgustar a nadie?

Nada de discusiones. El tiene, allá en lo hondo, su opinión sobre todo. Y si es distinta de la de los demás, renuncia a la controversia. Su profesión fue el toro. Su afición, los toros. Se puede ser buen torero y mal aficionado, en el sentido de no apreciar bien las cosas. Eso, por ejemplo, le pasaba a Guerrita, que se equivocó con Belmonte—El que quiera verlo, que se dé prisa—y con Bombita. El Gallo, torero de excepción, es un aficionado excelente; es decir, de los que no se equivocan. El toro de hoy le gusta, le gusta, pero...

—Se lidia poco o no se lidia nada. Y el que no lidia es como el que no templá la guitarra, que no se puede tocar luego con ella. Hay que lidiar, para luego torrear.
Yo le planteé un día el problema de lo que él hubiera sido si no existiese el toro.
—¡Cómo! ¿Es que no se lo han dicho a usted? Si el toro no existiese, lo habría inventado yo. No podía ser otra cosa.

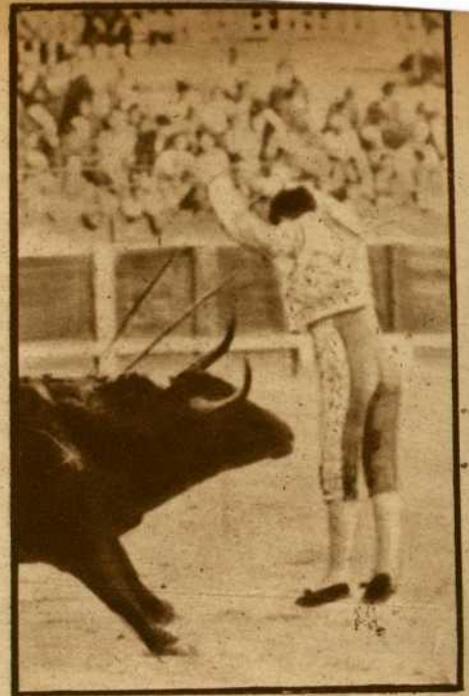
RAFAEL MARTINEZ GANDIA



EL TERCIO DE BANDERILLAS

NO SOLO BELLO SINO IMPRESCINDIBLE

Por JOSE CARLOS DE LUNA



TRASCENDENTAL el tercio de banderillas?

No; ninguno lo es. Ni necesarios siquiera si a los toros se matara recibiendo y en esto se vinculara el espectáculo. Pero reducida la suerte suprema al volapié, hay que convenir en que su ejecución necesita preparaciones que lo hagan practicable y conocimientos de "aquello" que, por quedado que esté, hay que llegarle al pelo, metiendo el brazo en

una jurisdicción veáda y dando el pecho a un azar siempre comprometido.

Si el matador fuera ambidextro, quizá no necesitara conocer del toro quedado, sino que lo está, y tanteángolo antes con la muleta, elegir a su comodidad o gusto la salida más franca por menos peligrosa. Pero el tercio de muerte comienza con la faena de muleta, de la que el público cuelga todo su partidismo y casi todo su entusiasmo, y para no defraudar al partido se necesitan las palmas desde el primer pase, que debe ser seguro y confiado, lo que precisa conocer del toro muchas más "cosas" que las patentizadas en el tercio de puyas.

Conformes en esto, fatalmente nos apartamos del criterio de un admirado compañero y queridísimo amigo, que con el salero de su garbosa pluma arremete contra el tercio de banderillas, razonándolo injustificado. Claro es que nosotros, particularísimamente, no creemos en la sinceridad de su alegato, porque conocemos las aficiones funambulescas de su fantasía, diableando en cosas amablemente intrascendentes; y escribir de toros no es definir "ex cátedra".

Y vamos, también intrascendentalmente, a abogar por este tercio, tal como a nuestro leal saber y entender lo concebimos en su importancia para el matador, que, ya pegado a la barrera, hace gárgaras, manipula con la toalla, se prepara y toma alientos, en fin, para la ejecución de un cometido cobrado y anhelado.

El toro con el que tiene que habérselas saltó al ruedo nervioso y con pies; lo corrieron y recortaron; remató en tablas...; ¡parece bravo! El lo tomó le capa y lo pasó por verónicas; embistió derecho y dobló bien por ambos lados...; ¡parece noblote!

Salieron los barrenadores en sus colchonetas mecanizadas, y el toro tardeó primero; se creció en el segundo lanzazo, y salió suelto y casi desparzurrado del tercer torpedeo. No tomó el capote al quite... ¿Parece reparado de la vista?... No; quedado y reservón, tal vez.

El buen aficionado—y el espada, ¡cómo no!—dice: "Aguardemos."

Poco se sabe hasta aquí de las particularidades de la res, aunque sus generalidades quedaran patentes.

Han tocado a banderillas, y el matador se retira a la jurisdicción de su mozo de estoques. Consciente, buen torero, y por ende mejor aficionado, cumple con el rito del botijo y la toalla sin quitar los ojos del burel, mientras los banderilleros cumplen su misión: ¿Se arranca largo? ¿Corta terreno? ¿Cabececa y escarba? ¿Por qué lado deja entrar con más facilidad? ¿Derrota arriba? ¿Se queda en la suerte? ¿Busca las tablas por manso o por sentido? ¿Se encoge en el encuentro? ¿Tira la cara a tierra?

Todos estos detalles y muchos detallitos forman el cuadro sintomático al que el matador debe ajustar su faena de muleta si no quiere verse sorprendido y desmortado, pasándosela de una mano a otra, dando ese deplorable ejemplo de insensatez y desconocimiento.

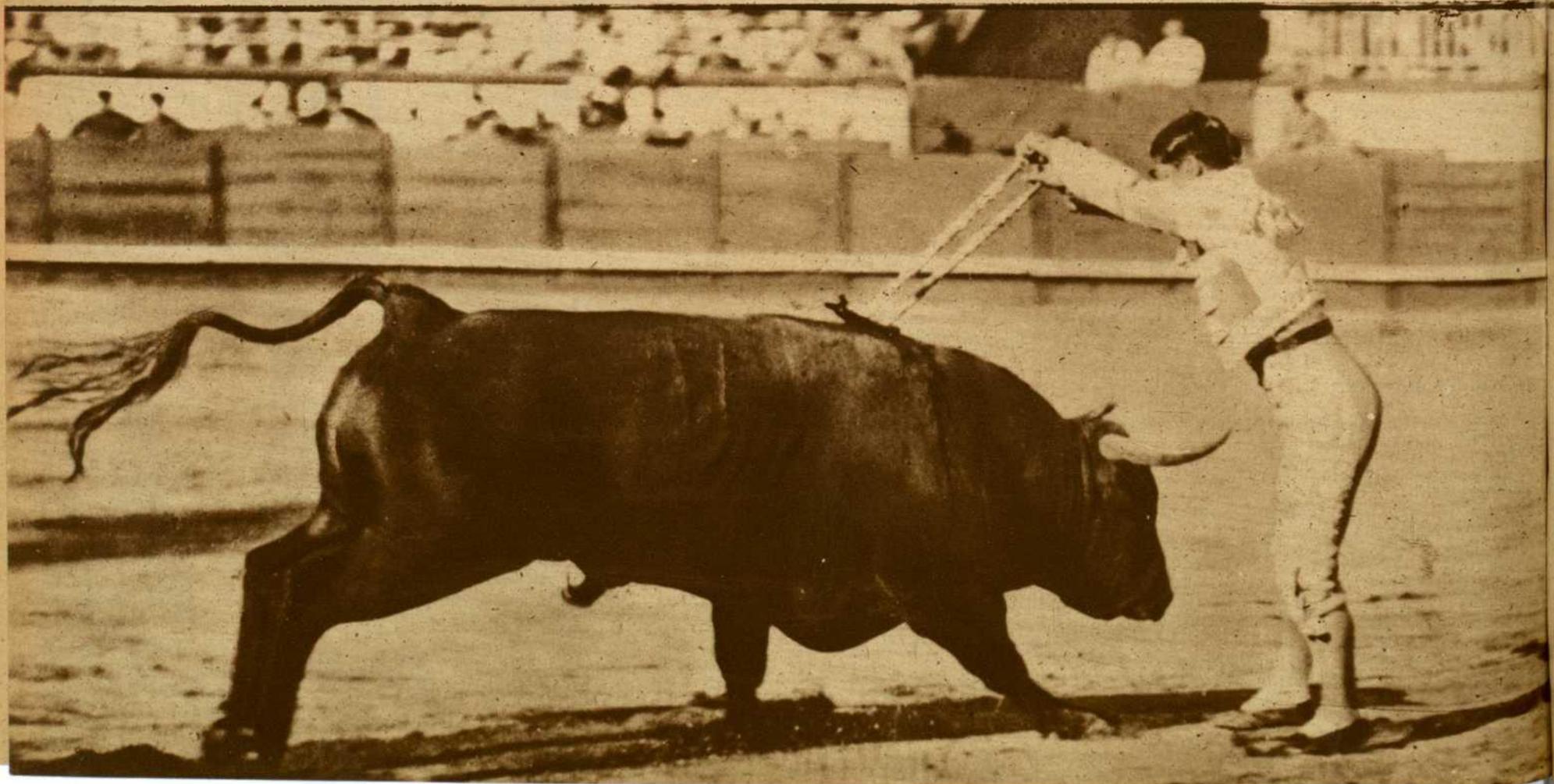
Quien diga que todo esto puede descubrirse a punta de capote o toreando a dos manos se engaña, engañándose al toro con dos metros cuadrados de tela chillona en la que emboza sus instintos.

No estriba nuestra defensa en la animación y belleza del tercio, sino en su imprescindible necesidad, porque descubre en el toro, aparte de la minucia de sus instintos, todo lo que aprendió u olvidó en el tercio de varas, quites caprichosos—muchas veces inadecuados—y peonaje en libertad. ¿Y cómo mejor descubrirle intenciones y defectos que toreándole a cuerpo limpio con remate de castigo?

Las banderillas no suponen engaño que distraiga, ni deben serlo nunca. Todos los que ya cumplimos el medio siglito recordamos aquellos rehíletes "de lujo" que perturbaban la suerte en las corridas extraordinarias: abigarrados y llenos de moños, lazos, cintas y cascabeles, espejos, cromos... y hasta de artilugios, como faroles, de los que volaban palomas cuando se rompían entrechocando. Su inconveniencia los reñegó si olvido, repudiados insistentemente por las cuadrillas.

Recuerdo un caso concreto: En cierta corrida de beneficencia rechazó Antonio Fuentes un par de banderillas que semejaban piñatas o borregos en rifa. Protestó el público lo que creyó desaire, mientras Fuentes se esforzaba en explicar la razón que le asistía; y ante la insistencia de los pitos, que tomaban vuelos de bronca, el maestro las requirió cortés y risueño, y rompiéndolas en la barrera casi por los arpones, se ató a las manos unos pañuelos y quebró aquel par de trompos en la inimitable forma que le caracterizaba, sacando las manos tintas y la pechera rota. Los señores, las señoras y los grullos deploraron largamente la "brutalidad" de aquel hombre rompiendo preciosidades que costaron muchos desvelos y no pocas pesetas.

Las banderillas perdieron floripondios, para hoy, someramente revestidas de papel picado, llenar en la lidia otro papel que juzgamos de capital importancia.





HABLAN LOS TOREROS

EL CAFE, LOS BILLETES GRANDES Y LOS TOROS CHICOS

Por ANTONIO DIAZ CAÑABATE

Ya se acabó la temporada. Ya están reclinados todos los toreros en el café. Porque eso de los cortijos no pasa de ser literatura. Casi ningún torero posee un cortijo, y el que lo tiene no se asoma por allí más que para cobrar la renta. En el café se pasan el invierno tan ricamente. Su única conversación es la taurina. Un poco monótona, pero sabrosilla. He aquí un texto taquigráfico, tomado por ahí en un café de toreros.

—Me salió a mí un toro este año en Barcelona, ¡para que luego hablen del toro chico!; el animalito pesaba muy poco, ná, no llegaría a los 220 kilos. De cabeza me traje, porque como están los públicos, en cuanto no haces el toro éste de ahora y tienes que defenderte, te chillan que parece que se hunde la Plaza. Ya no dejan lidiar un toro ni ná.

—Ni falta que hace; si ahora ya salen los toros por los chicos picaos, banderilleaos y no digo muertos, porque si lo digo, ¿qué vamos a dejar para que digan algo los aficionados?

—Eso sí es verdad; el toro está muy cómodo.

—Lo que dice el otro: el billete grande y el toro chico.

—¿Para qué quiere uno más?

—¿Pero qué estáis hablando ahí? Hoy se tora con mucha más exposición que antes.

—Si tú no has toraao antes! Escucha, que a lo mejor aprendes a dar la larga cordobesa y el año que viene ganas un millón de duros.

—¡Antes, antes; es mucho cuento ya ése de antes!

—Cuento, ¡eh!, y las cornadas eran un cuento!

—También dan cornas los de hoy.

A esta frase sigue un silencio. Todos se han dado cuenta de que la conversación tomaba un giro peligroso.

—Hoy hay que pararse con los toros como no lo soñó el que inventó el toro.

—Sí, señor, y eso es el toro, parar y mandar.

—O para y mangar, que todo hay que decirlo.

—Lo que pasa es que ya no se sabe de toros. Ahora la gente lo aplaude todo, sin distinguir lo bueno de lo malo.

—Di que sí; si talmente las corridas de ahora parecen procepciones; cuando no se arrodilla el toro, se arrodilla el torero, pero siempre hay alguien arrodillao, y la gente venga a tocar las palmas.

—¡Aquellas corridas de toros...! ¡Aquellas treinta arrobas...!

—¿Pero será posible? ¿Pero vosotros qué sois: toreros o de la Sociedad Protectora de Animales? ¡Si sale el toro chico, peor pa el toro!

—¿Pero si los toros no salen chicos, si es aprensión de los públicos; como llevan gafas negras, pues no se enteran!

—Animalitos, si no comen. ¿Qué van a hacer? Pues caerse, que todo el mundo, incluso los toritos, tienen derecho al descanso.

Aquí hay otra pausa. Estas pausas se aprovechan para liar cigarrillos. Tiene que ver esta operación. La solemnidad que le echa un torero a liar tabaco es impresionante. Existen muchos toreros que no aspiran más que a esto, a confeccionar los pitillos en el café con prosopopeya. Estos toreros que hablan, no sé quiénes son. Pobres torerillos o grandes toreros se diferencian en poco; todos hablan igual, salvando los genios.

—¡Ay, si cuando yo empecé hubieran salido estos toros!

—Entonces, ¿qué salían?

—¡Total, ná! ¿Tú conoces la catedral de Sevilla? Pues un poco más grande.

—Maté yo una corrida en Almagro, ¡maresita mía! Hace ya dieciocho años, y todavía sueño con ella. Ahí hubiera querido yo ver los estilismos.

—Además, que ahora no tienen en cuenta si un toro se vino para bajo en la muleta y le exigen a uno que ponga el codo en el testuz, como si estuviéramos dando un recado por teléfono.

—¿Vosotros sabéis lo que toró Juan Belmonte cuando fué de becerrista a Valencia? ¡De becerrista, ¡eh!, sin picadores, para que os enteréis! Pues el otro día se lo oí yo en Sevilla a Valeriano León. Mató un toro Juan Belmonte, de unos cuernos tan tremendos, que cuando llegó al desolladero, el matarife tuvo curiosidad de medirle la distancia que había de punta a punta de los pitones; y toma un metro y lo aplica a la punta del pitón derecho, y llama a un chico y le dice, dándole el otro extremo del metro. «Toma, vete pa la otra punta, y cuando llegues avisa».

—Ahí tienes a Juan Belmonte; ése era un tío.

—Sí, señor; sabía apuntar el toro.

—Y si saliera ahora Juan Belmonte, ¿qué haría?

—Pues nada: que devanaría madejas de lana en los pitones de los toros, para que le hicieran un chaleco de punto.

—O encaje de bolillos.

—Eso ya no se estila.

—Yo, lo que os digo...

—Tú no digas ná; tú te ves delante de un toro de los de antes, y rezabas lo que supieras; y si llegabas con bien a la fonda, te dedicabas a ebanista, que es lo tuyo.

—Pero, bueno, a mí me haces mucha gracia. Venga a presumir de haber toraado catedrales, y este año, en Valencia, cuando fuimos al sorteo y vimos la corrida de toros, que pesó 225, tú dijiste: «Están gordos los indios». Y porque un toro, según tú, estaba atacado de los rifones; ¡de los ri-

fones, y se cayó en cuanto le dieron un refilonazo!, y tenía tres centímetros más de cuerna que los otros, nos estuviste dando la lata hora y media para hacer los lotes. Cuando torcabas esos que dices, ¿qué pasaba en el sorteo? Hubiera querido verlo, hombre.

—Pues no pasaba nada, ¿sabes? Pasaba que veíamos la corrida de toros y nos poníamos a cantar por seguidillas gitanas.

—Lo difícil es hacer el toro, lo mismo a un becerro que a un tío con toda la barba.

—Natural; que embista el toro por derecho, y se tora el mismo de a gusto al añojo que al cincheño.

—Le corté yo la oreja a un Surga, con trescientos cincuenta kilos... Echa un poco de agua, haz el favor...

—¿Todavía te dura el reseco del Surga, fantasmón?

—¿Qué me va durar, pedazo de sieso, si a mí, cuando me salía un toro, volcaba la plaza! Aquí está éste, que vino conmigo un temporada.

El aludido asiente y también pide un poco de agua.

—Lo que sí se las traían eran las corridas de los pueblos. Llegué yo un año a un pueblo de por ahí, de la provincia de Valladolid, y nada más llegar se presentan en la fonda diez o doce mozos del pueblo y nos dicen que si queremos ver los toros, que ya los habían encerrado; y vamos para allá y nos asomamos a los corrales. ¡Y qué era aquello! Dos inmensidades que apenas cabían; de las tenían que estar los animalitos.

—Qué, son gigantes, ¿verdad?—decían los mozos mientras se frotaban las manos de gusto—. Algo más chicos que los del año pasado, pero muy majetes. Les gustan, ¡eh! Los tres, que íbamos nos miramos y quisimos sonreír, y nos salió un guiño así como de dolor de estómago. Conque al volver a la fonda le digo yo al matador lo que había preparaao. «Oye, los toros pesarán 400 kilos, y además yo creo que están toraaoos. Vámonos a ver al alcalde y a pedirle más dinero. No te quedés corto. Le dices que si no te da mil pesetas más, no toraas. Como no las va a dar, pues salimos de naja o vamos a la cárcel; todo menos ponerse delante de esos monumentos.» Y fuimos a ver al alcalde y le larga el matador lo de las mil pesetas, y contesta muy rápido: «Lo que usted quiera. A un hombre que va a morir esta tarde no se le puede negar nada.» Y tuvimos que tragar.

—¿Y qué tal quedó tu matador?

—Bien: Aun está nadando en el pilón de la fuente, adonde le tiraron los mozos después de la corrida.

—Son las nueve y media de la noche.

Hay que cenar pronto para volver en seguida al café. La tertulia taurina se desperdiga. Para empezar nuevamente al siguiente día.

MANOLETE habla para EL RUEDO

"DE TODAS LAS CORRIDAS DE ESTE AÑO, LA QUE ME HA DEJADO MEJOR RECUERDO HA SIDO LA DE LA PRENSA DE MADRID"



Manolete, al salir del hotel, para dirigirse a la Monumental y torear el festival a beneficio del Hogar del ex Combatiente



LOS seres arrastrados por la popularidad suelen tener un "doble" para la intimidad muy distinto del que conoce el público. El pintor de fama, la "estrella" de cine, el torero, la cantante de moda, todos estos personajes, que con tanta frecuencia hacen gemir las rotativas de los periódicos, gustan de aislarse del halago de las muchedumbres para manifestarse en la vida privada muy distintos a como el vulgo los supone.

Y así, uno de los que se complacen en abrir la válvula del buen humor y de la jovialidad es Manuel Rodríguez, Manolete, el inspirador de leyendas y el motivo de inacabables discusiones.

El torero del gesto grave y de la seriedad inmovible, sabe dar rienda suelta—cuando no pisa los ruedos—a ese niño ingenuamente travieso que los hombres sanos de cuerpo y espíritu acostumbran a llevar en el alma.

Claro está que también en el hogar o en el circunstancial refugio del hotel, Manolete suele ser implacablemente perseguido por los deberes de la popularidad conquistada. Y de una manera especial, por la teoría infinita de amigos y admiradores.

Por una vez yo, al menos, tuve suerte. Acababa el coloso cordobés de arribar al hotel, concluida su última actuación en Madrid, por esta temporada, y tan sólo lo rodeaban unos pocos de sus amigos más íntimos.

Manolo Rodríguez, desvestido del traje campero andaluz, extremaba su delgadez enfundado en un pijama de nítida blancura. Esperé a que concluyera de firmar algunos autógrafos, y él mismo facilitó mi tarea acercando su butaca a la mía y diciéndome, animoso:

—Estoy a su disposición.

—Pues empiece por decir si está satisfecho de su actuación en la última temporada.

—Y ¿cómo no he de estarlo después de las noventa y dos corridas toreadas? Pudieron ser once más, que se las llevaron perances de poca trascendencia.

—¿El de más importancia?

—Uno, en el que los toros no fueron los directamente culpables. Me refiero al vuelco del automóvil que nos conducía a Pamplona, y que estuvo en trance de proporcionarnos un serio disgusto a Camará y a mí.

—¿De qué tarde se halla más satisfecho?

El cordobés recorre con la vista a sus amigos, como interrogándoles, y atajando las respuestas de éstos, dice:

—Ante todo, de la faena que hice en Madrid a un toro de Alipio P. Tabernero, en la corrida de la Asociación de la Prensa. El bicho tenía bastantes dificultades; conseguí dominarlas y así pude torearle a mi gusto. También guardo un buen recuerdo de la corrida de los Miuras, celebrada en Barcelona.

—En ambas cortaste cuatro orejas y saliste en hombros—apunta uno de los presentes.

—¿Pues sí que constituyó una novedad!—replica, sentenciosamente, Serafín Vigiola.

Manolete sonríe, como quitando importancia a la cosa.

—Como contrapartida, veamos ahora de qué corrida conserva mayor disgusto.

Sin un titubeo, la respuesta brota, como si desde hace tiempo la tuviera meditada:

—De una de la que no quiero citar el nombre...

—Y que tuvo por causa la incomprensión del público—interrumpe Camará.

—Veamos cómo fué.

Charla de fin de temporada

"DE LA QUE CONSERVO MAYOR DISGUSTO FUE LA CELEBRADA EN UNA PLAZA DE CUYO NOMBRE NO QUIERO ACORDARME"

—Salio mi toro, y desde el primer capotazo que le di sentí una mala sensación de que podía dominarlo, pese a que era un "marrajo". A medida que toreaba, iba creciéndome y olvidando el riesgo y la violencia del toro. Yo toréé como yo entiendo que debe hacerse, y de repente me di cuenta que el público ni lo advertía.

—Los hay despistados!—tercia un amigo.

—Tened en cuenta—comenta otro—que, contra más llenos se registran los graderíos, menos entendidos se sientan en ellos.

—Aquello me desmoralizó, y mi reacción fué cortar el toro al natural que estaba realizando, para recurrir a los efectos de la tramoya taurina: mos y tocaduras de pitón. Entonces fué cuando la gente empezó a entusiasmarse, no por mucho tiempo, pues tal coraje me entró que precipité la muerte del animal, concluyendo lo antes que pude.

—¿Qué piensa hacer este invierno?

—Ahora, más que nunca, al concluir la temporada, es cuando siento con mayor necesidad vivir a gusto, como un señor cualquiera.

—Por poco tiempo—añade el apoderado—, pues Abel Gance piensa iniciar la película en la que intervienes no más tarde de diciembre.

—¿Cuánto tiempo le absorberá su nuevo trabajo?

—Unos dos meses, aproximadamente.

—Y ¿luego?

—Regresaré a Córdoba, y como el tiempo ya se habrá echado encima, vuelvo al campo, a volver a los entrenamientos, al principio en Andalucía para terminarlos en las dehesas salmantinas.

—¿En qué se ocupa durante su corta época de descanso?

—Ante todo, en dormir a pierna suelta. Luego, en visitar los cortijos de amigos. En ellos nunca falta motivo de distracción. Un día es salir con galgos a dar una batida a las liebres. Otro, galopar tras una punta de caballo. A continuación, probar la casta de unas becerras. Puedo afirmar que yo en el campo nunca tengo tiempo para aburrirme.

—¿Algún proyecto para el año próximo?

—En firme, todavía ninguno. De ello habrá tiempo de tratar allá para cuando haya cumplido mis compromisos, en Barcelona, con los productores cinematográficos. La temporada próxima está aún tan distante, que perspectiva para referirse a ella.

—Pero, ¿qué hay de verdad sobre ciertos planes puestos en boca de usted, de limitar sus actuaciones a un número determinado de corridas?

—No tiene más consistencia que la de una de tantas noticias de fin de temporada. Per ahora, puedo decirle que no pienso en tales limitaciones.

—¿Le complace que le hayan salido tantos imitadores?

—Siempre es un motivo de satisfacción saber que hay quien se decide a imitarme. Cuando lo hacen es porque lo estimarán de interés, y esto no por menos de halagarme.

—¿Cómo que ya he agotado el crédito?

—No para acaparar la atención de la prensa, sino para acaparar la atención de las figuras taurinas, y para estar en pie, disparo mi última pregunta: ¿Cree usted conveniente para la fiesta taurina la presencia en España de los ases mejicanos?

—Cree usted conveniente para la fiesta taurina la presencia en España de los ases mejicanos?

—Cree usted conveniente para la fiesta taurina la presencia en España de los ases mejicanos?

—Cree usted conveniente para la fiesta taurina la presencia en España de los ases mejicanos?

—Cree usted conveniente para la fiesta taurina la presencia en España de los ases mejicanos?

—Cree usted conveniente para la fiesta taurina la presencia en España de los ases mejicanos?

—Cree usted conveniente para la fiesta taurina la presencia en España de los ases mejicanos?

—Cree usted conveniente para la fiesta taurina la presencia en España de los ases mejicanos?

—Cree usted conveniente para la fiesta taurina la presencia en España de los ases mejicanos?

—Cree usted conveniente para la fiesta taurina la presencia en España de los ases mejicanos?

—Cree usted conveniente para la fiesta taurina la presencia en España de los ases mejicanos?



F. MENDO



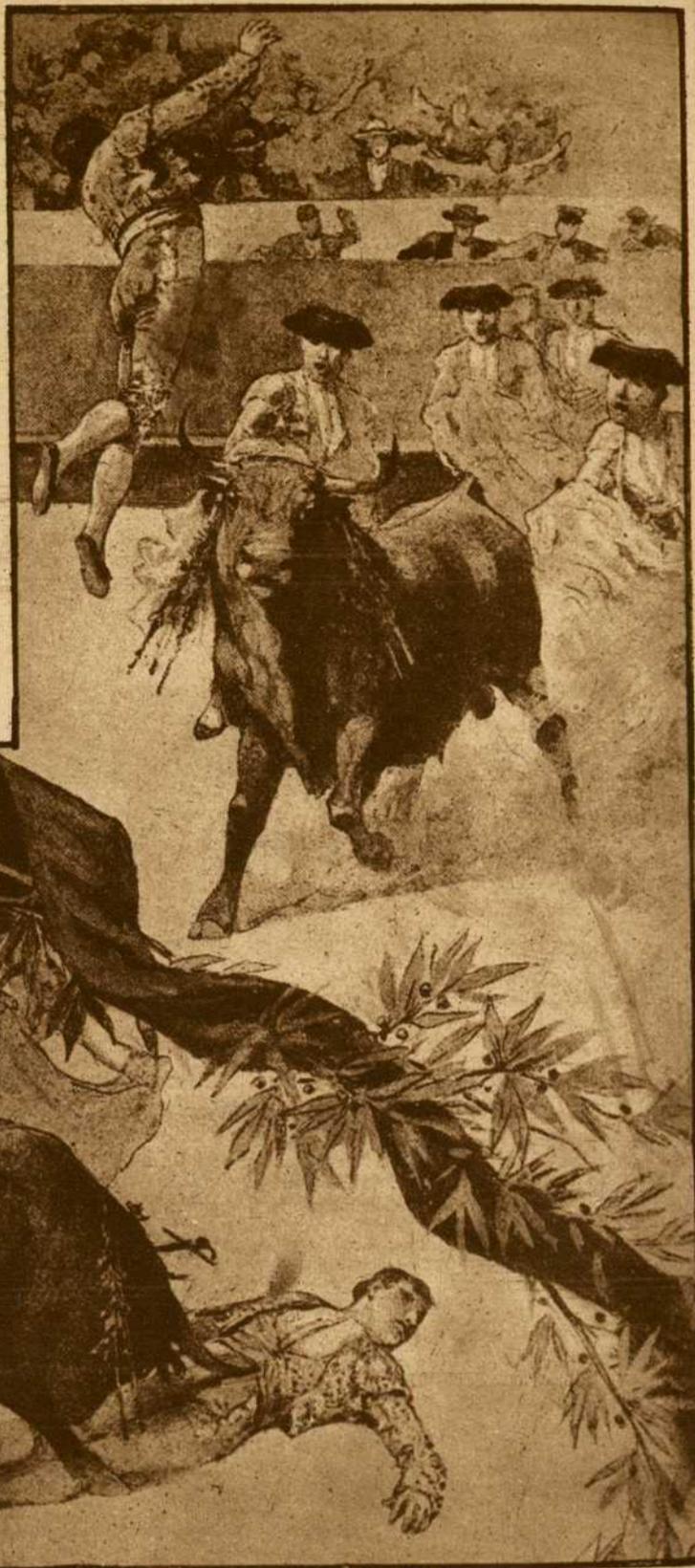
Tres gestos característicos del torero cordobés, recogidos por la leica de Manzano

TEMAS TAURINOS

Más "cosas" sobre la suerte de matar

Por FELIPE SASSONE

Dejá escrito, en el articulejo inmediatamente anterior a éste, que el volapié más legítimo y verdadero era el que se daba en las tablas, y en ello están conformes todos los matadores de toros y todos los buenos aficionados, y aun aseguran, no sin razón, que es el más difícil. En verdad, todo lo que se hace en el toreo saliendo el diestro por los terrenos de afuera ofrece mayores dificultades, puesto que los terrenos naturales del toro son esos y hacia ellos acomete con más celeridad y ahinco, y, por otra parte, la certeza que de ello tiene el lidiador hace que pese en su ánimo la inquietud de salir por el terreno más peligroso. Pero en la suerte de matar se da la aparente paradoja de que a veces el diestro acometa la empresa más difícil buscando mayor facilidad, esto es, atendiendo a las condiciones del toro, que pueden no ser las naturales, por donde acaba por buscar en el riesgo facilidad y alivio. Es axioma entre todos los que entienden de toros que a éstos ha de matárseles donde «piden y quieren», y como el toro embiste siempre con fuerza hacia sus querencias naturales o adquiridas durante la lidia, el matador ha de procurar descubrirlas para cedérselas y no intentar nunca la suerte suprema de modo que su salida sea por la querencia, porque en ella se encontrará inevitablemente con el enemigo, que no lo dejará pasar o lo prenderá en el momento de la salida, antes de que termine ésta. Los toros se matan a favor de la querencia y no en contra de ella. Casi todos los críticos taurinos que analizaron la cogida mortal de Manuel García, El Espartero, el 27 de mayo de 1894, convinieron en que el famoso Maoliyo inolvidable pereció en la lidia porque entró a matar a Perdigón en la querencia de un caballo muerto, intentando salir por ella, puesto que el toro tenía detrás el penco despanzurrado. El que más insistió en esta consideración fué don José Sánchez de Neyra en un concienzudo artículo titulado «De cómo murió El Espartero». Con todo esto quiero decir que el matador de toros no escoge a capricho o por voluntad libérrima el sitio para entrar a matar. Es el toro quien lo señala, y así, cuando el matador ve que en el tercio, que es el sitio normal y cómodo siempre que el torero se disponga a tomar los «adentros», el enemigo gازهapea y no cuadra, se lo lleva a los medios, porque allí es donde el animal se aploma y para, siempre que no tenga un arponcillo o el casco de la puya metidos en un sitio especialmente sensible que le impida quietarse, porque cuando junta las patas delanteras le duele más la herida. También se lleva el matador el toro a los medios cuando ha advertido que tiene múltiples querencias accidentales y que desparrama la vista: porque al quedarse solo con él en el centro del «anillo», el toro se fija en lo que tiene más cerca y pierde sus querencias. Al toro «natural» que prefiere los terrenos de afuera, en la suerte natural se le mata en el tercio y tomando el matador los terrenos de adentro. Pero cuando se trata de un toro de los que se llaman contra-



La cogida del Espartero, según una estampa clásica de 1894, original de Perea



rios, o de un toro manso que corre al hilo de las tablas, barbeándolas, el matador habrá de dárselas y salir por los terrenos de afuera en la suerte del volapié, que hemos convenido en considerar la más difícil y que paradójicamente resulta la más fácil por las condiciones del toro.

«¿Entiendes, Fabio, lo que voy diciendo?»

Así entrará a matar de fuera adentro o de dentro afuera, según las condiciones del toro; con éste casi aculado en las tablas, colocándose delante de él para taparle la salida si el animal tiende a huir directamente hacia el centro de la Plaza, y al revés, en el caso contrario, y paralelo al vallado cuando el toro corra al borde de él y acabe por pararse rozándolo con su costado izquierdo. Pero se da muchas veces el caso del toro que no para, con el cual hay que aprovechar el momento en que cuadra por casualidad, y entonces habrá que entrar a matar en cualquier sitio, teniendo tan sólo en cuenta si hay una querencia a la salida, porque entonces la suerte es una temeridad.

Con el toro que no está completamente aplomado se ejecuta, y esto es lo más corriente, una variante del volapié en la cual el diestro entra a matar «y no se tira a matar»; esto es, ayudándose con la embestida, y esa es la forma, que yo no he podido averiguar todavía exactamente, por qué llaman los tratadistas «arrancando». Entonces si se puede entrar despacio y recreándose en la suerte, porque se tiene la seguridad del temple del animal y de la dirección de su viaje. Seguridad relativa, y en ello insistiré, como en la suerte arrancando y en lo que llamamos volapié al encuentro y suerte a un tiempo, antes de estudiar las suertes de aguantar y recibir y el recurso del paso de banderillas. Para todo falta hoy espacio y no sobra tiempo, ya que urge pensar con detenimiento a fin de hallar la manera de describir lo que es casi indescriptible y sólo puede predicarse con el ejemplo. Porque muchos matadores de toros muy buenos saben ejecutar y no saben definir, y muchos escritores taurinos, y yo entre ellos, ni lo uno ni lo otro. Dios le dé paciencia al lector, pues yo ya la tengo, y otra vez será, mientras no me toquen el tercer aviso.

EL ARTE Y LOS TOROS

Los retratos de toreros que pintó DON FRANCISCO DE GOYA

Por MARIANO SANCHEZ DE PALACIOS



HENOS hoy con la pluma en la mano dispuestos, periódicamente, a enfrentarnos, un tanto temerosos y cohibidos, con esa magna y ciclópea personalidad artística de don Francisco de Goya y Lucientes, natural de Fuendetodos, que lo viera nacer para fortuna suya, según se dice accidentalmente, un 30 de marzo de 1746.

Hay en la obra auténticamente fecunda de este genial pintor aragonés una valiosa e interesante dedicación a los temas taurinos, que nos obliga gratamente a estudiar, a comentar más bien, aunque sea somera y superficialmente, su labor, reseñando, para que quede constancia y testimonio en estas páginas, una tarea sin disputa, la más trascendental e importante

que en materia taurina de todos los tiempos se ha llevado a efecto. La labor de Goya sólo en este aspecto taurino hablando, es varia, numerosa y a cual de más interesante realización y de sugestivo y apasionante asunto. Los dibujos, los aguafuertes, las litografías, los retratos de toreros, los pasajes y momentos de la vida del toro... Todo lo captó aquel genio maravilloso, del que sólo queremos comentar hoy sus retratos sugestivos de toreros, dejando a un lado, momentáneamente, su labor como grabador, de la que ya nos ocuparemos cuando se trate de su célebre y universal «Tauromaquia»—que hubo de acabar cuando contaba cerca de los setenta años—; había producido ya «Los caprichos» y estaban en ejecución «Los proverbios» o «Disparates», tríptico monumental de esa labor secundaria del gran talento y febril imaginación del adusto realizador de «Las majas». El calendario vendría a marcar por entonces el año anodino y feliz para las artes de 1815...

La gran labor de Goya, inmensa por tantos conceptos, universal por su técnica inigualable, atrayente, sugestiva, fascinante más bien por su acritud y excentricidad—hablo de «Los caprichos» y «Disparates»—, es múltiple y extensa. Dijérase que, en su fiebre creadora, Goya no dió tiempo al reposo y dióse a producir y a realizar sin que su tosca mano, que aristocratizaron los pinceles, sintieran cansancio, ni el pulso temblara al verse sometido a una ininterrumpida y fatigosa tarea.

Fué Goya un pintor de todo género, pero sus pinceles parece que se recrearon en la realización de magníficos retratos, en los que el color empleóse con tal maestría, con tal acierto y con tan brillantes y luminosos tonos, que hicieron de Goya el más prodigioso técnico de la pintura, que enamorado de las de Velázquez y Rembrandt, había de crear la suya, única e incomparable, sugestionado, aunque no lo confesara, por las maravillosas lucubraciones artísticas del gran Theotocópuli, «el Greco».

Así, junto a la esplendidez maravillosa de la egregia y colorística familia de Carlos IV, el retrato del torero Joaquín Rodríguez, Costillares; al lado de los duques de Osuna, el de Pedro, Manuel o José Romero, y dando sombra al lienzo en que Goya reflejó la gran figura del conde de Florida Blanca o a su cuñado Bayeu, el torero Martincho o uno de tantos toreros anónimos de rompe y rasga—patillas de boca de hacha, calañés y capa—que en aquellas épocas de chulapos y manolas alternaban en charlas y convites con el agrio y taciturno autor de «Los caprichos» y de «Los fusilamientos de 1808».

¿No se retrató él mismo vestido de torero? ¿No es el pintor de Fuendetodos ese diestro de cierto empaque y prestancia que realizado por el maestro lo grabara Galván?

Son los tiempos de Carlos IV y de Fernando VII. Los dos monarcas, de los que Goya fué pintor de cámara, posan para él, mas el espíritu de Goya, demócrata por naturaleza y modesto origen, tiende a la popularidad, a la cosa callejera y de bullanga. Son los tiempos de un reinado con huellas tristemente indelebles en nuestra Historia; pero lo son también del triunfo del heroísmo de la torería del

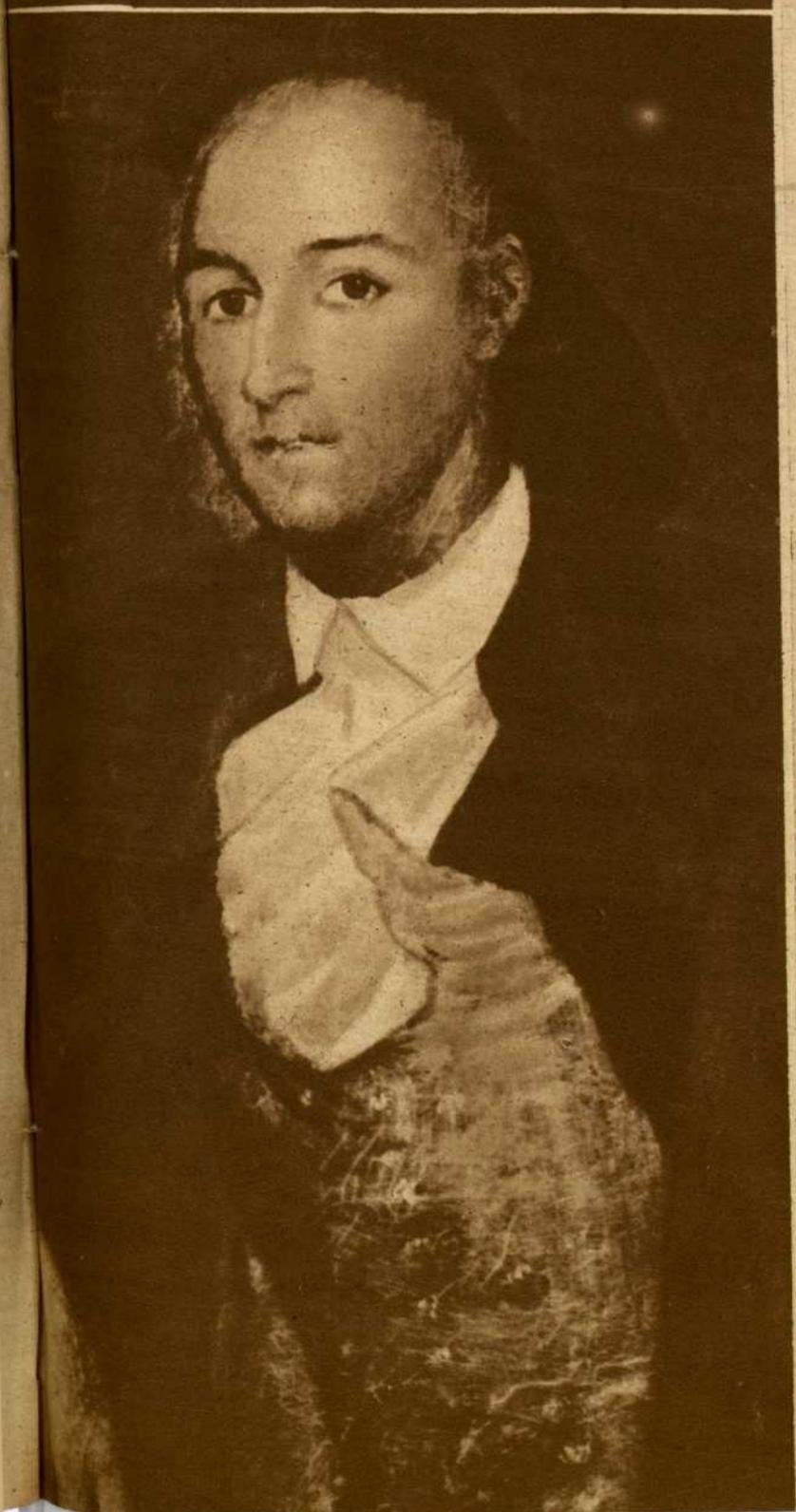


«Costillares», (cuadro de Goya)

majeza española. En la Plaza de la Puerta de Alcalá, lo temerario e irreflexivo ponen cátedra haciendo arte, y Goya, que es español—hubo para tristeza nuestra de acabar sus días en Burdeos—, se siente atraído por la fiesta de toros y, por ende, ¡cómo no!, una gran devoción por los toreros, que en su obra han de ocupar, con todos los honores, un puesto preeminente, rivalizando en la técnica empleada en el retrato, con la que se realizaron los del general Palafox, Gueye, de la marquesa de la Solana, el príncipe Luis de Parma o esa joven y bella condesa de Haro, que cautiva y encanta con su suave, delicada e ingenua hermosura...

«Busto de un torero», «Torero y manola», dos «Toreros» más, unó en Nueva York y otro propiedad del marqués de Santillana; «Toro huído», que se conserva en Londres; otro con el mismo título y «Retrato de un torero», de la colección del duque de Veragua; «Toro en la dehesa» y ese «Un hombre vestido de torero», con traje de brillante verde manzana, forman, con la serie de retratos al principio detallados, parte de ese importante sector pictórico en cuanto se refiere al tema, que acusan y delatan ese fervor a lo torero y castizo de nuestra fiesta nacional, que vista a través del arte inconmensurable de Goya adquirió resonancias

«Pedro Romero», (por Goya)



Un cartel de toros de 1770 es el documento más antiguo de la extraordinaria colección

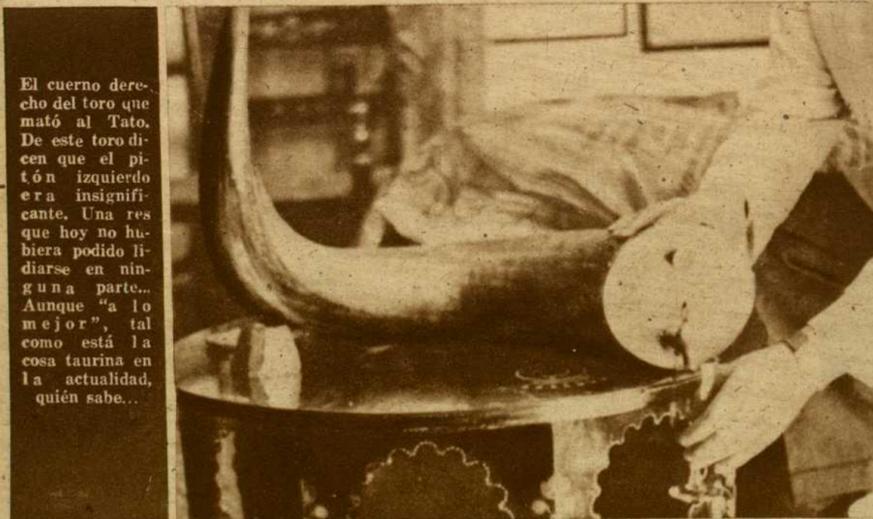
El pleito de las alternativas y un autógrafo de Manuel García, El Espartero



La cabeza del toro Jimenito, de Saltillo, al que cortó la primera oreja en Madrid aquel gran torero que se llamó José Gómez, Gallito, el 5 de junio de 1913



Un rincón del museo taurino que posee en Sevilla don José M. Gutiérrez Ballesteros, conde de Colomby; fino espíritu abierto a todas las inquietudes, ha conseguido reunir en el breve plazo de cinco años lo más interesante de asuntos toreros que existe en España



El cuerno derecho del toro que mató al Tato. De este toro dicen que el pitón izquierdo era insignificante. Una res que hoy no hubiera podido lidiarse en ninguna parte... Aunque "a lo mejor", tal como está la cosa taurina en la actualidad, quién sabe...

EL MUSEO TAURINO QUE TIENE EN SEVILLA EL CONDE DE COLOMBI



El conde de Colomby muestra a nuestro camarada la llave que inauguró la vieja Plaza de Madrid

Algún día será preciso hacer la historia de este barrio sevillanísimo de San Bernardo, que fué, durante dos siglos, sede de la torería y del cante jondo. Antes de que la Alameda de Hércules y Triana alumbraran la fama, todavía reciente, de Joselito y Belmonte, San Bernardo había dado a la fiesta de toros dos figuras de singular relieve: Joaquín Rodríguez, Costillares, y Antonio Sánchez, el Tato. Y por si fuera poco, en torno al viejo matadero, que abría sus puertas en el arranque del puente que hoy salva el paso del tren, se reunían los toreros de vida difícil, que soñaban con glorias imposibles ante los cuernos del ganado de media sangre encerrado en los corrales, en espera del matarife de turno. De toda esa leyenda taurina queda bien poco. La ciudad invadió aquella zona para sus planes urbanísticos y alzó, en el recinto del matadero, grandes edificios. En uno de ellos—en un piso moderno precisamente—tiene el conde de Colomby instalado su museo taurino.

Un museo de cinco años de existencia

Entre su bufete de abogado, del ilustre colegio de Madrid y su amor a la literatura, don José M. Gutiérrez Ballesteros, conde de Colomby, fino espíritu abierto a todas las inquietudes de la vida moderna, intercala su afición a la fiesta brava, que le ha llevado, en el breve plazo de cinco años, a reunir en su casa de Sevilla el más interesante museo taurino de España, por la abundancia de sus colecciones de carteles, cuadros, azulejos y recuerdos que encierra. Tan interesante y completo, que han llegado a ofrecerse la elevadísima cantidad de dos millones de pesetas.

—He tenido—nos dice el conde de Colomby—varias proposiciones de compra, pero las he rechazado. Yo no me propuse hacer negocio cuando comencé a reunir todo esto. Quería simplemente satisfacer un deseo antiguo, porque antes de la guerra ya tenía algunas piezas de valor, algunos carteles... Todo desapareció durante el dominio rojo. Cuando llegó la paz me lancé, con renovado deseo, a reunir lo perdido. En cinco años de paciente labor logré mis propósitos.

—¿Y qué piensa hacer ahora? —Ahora quiero comprar una casa en el barrio de Santa Cruz para instalar convenientemente el museo. Así podría tener acceso a sus salas cuantos se interesan por los temas de nuestra fiesta nacional. Una vez abierto al público, el importe de las entradas quedará a favor del Montepío de toreros o de cualquier otra institución benéfica. Hasta ahora tan sólo durante los días de la feria de abril me era posible complacer a cuantos llegaban a mí con el ruego de que les permitiera visitar el museo...

Carteles, cuadros, revistas...

El conde de Colomby nos guía a través de las fechas de los carteles, de los detalles de los cuadros, de la calidad de los azulejos... que llenan las paredes del museo, mostrándonos siempre el dato interesante e inédito.

—Este—nos dice—es el más viejo cartel que poseo. Es del año 1770, de una corrida celebrada en el Puerto de Santa María. Este otro es el más antiguo de Sevilla. Es impreso por Vélez-Bracho, y como verá, tiene fecha de 1830. D.bió de celebrarse con motivo de alguna victoria sobre los carlistas. Torearon Curro Cúchares y Gaspar Díaz.

—¿Cuántos carteles tiene usted? —Más de trescientos... En seda tengo la colección completa de todos los de las corridas de Beneficencia celebradas en Madrid desde 1846; las estadísticas de Joselito, desde 1913 a 1919... Pues también los carteles de las corridas en que hallaron la muerte Joselito y el Espartero y el de la retirada de Frasuelo. Tengo, además, tres carteles grandes, originales de Gonzalo Bilbao y Viñas; los cuatro boletines premiados en San Sebastián, en 1903, obras de Valdez Díaz, Saavedra, Paúl Dalmau y de su hermano; un famoso cuadro de Ferrándiz: "¡Caballos, caballos...!"; una colección completísima de originales de "La Lidia", pintados por Perea, Chaves y Lizcano; periódicos y revistas de toros de los primeros años del siglo pasado...

Una de las salas del museo está presidida por la cabeza del toro "Jimenito", de Saltillo, al que Joselito cortó la primera oreja en Madrid el 5 de junio de 1913. A un lado y a otro están las moñas que regaló la Infanta Isabella

durante la despedida de Bombita, y una colección de banderillas de lujo de aquella misma corrida. Un friso de cuarteles de toros célebres, pintados al óleo por Juliá y Alvaraz, completa la decoración. En la misma estancia hay grandes vitrinas que contienen recuerdos valiosos. Allí está una guitarra que perteneció a Paquiro; la divisa del torero "Perdigón", que dió muerte al Espartero; el capote del infortunado diestro; el vaciado de la cara y la mano de Lagartijo, obras de Mató Inurria, con su prueba de autenticidad; el corbatín de Joselito; medallas conmemorativas; trozos del traje que llevaba Pepete cuando murió; la muleta y un trozo del traje de Gitanillo de Triana; moñas de Lagartijo y Ricardo Torres, Bombita, etc. El conde de Colomby nos va ilustrando sobre cada pieza de su museo con minuciosidad de arqueólogo.

Esta llave de bronce—nos cuenta—es un recuerdo de la inauguración oficial de la Vieja Plaza de Toros de Madrid, celebrada en 1878. Lleva los nombres de los toreros más famosos y una dedicatoria: "A la Excelentísima Diputación".

Nos detenemos ante un cuadro que casi llena un testero. Se trata de un lienzo de Lizcano, titulado "El presentimiento de Pepe-Illo", en el que se recoge el momento en que el célebre torero reza ante la Virgen de la Paloma en la Plaza de Madrid. Se cuenta que Pepe-Illo quedó como trasunto y tuvieron los peones que recordarle que había llegado la hora de hacer el paseo. Después se dijo que el diestro había presintido su muerte.

Otros cuadros—retratos de Lavi, del Espartero, de Pérez Guzmán, de Paquiro, obra este último de Luca—cuelgan al lado del ya descrito de Lizcano. Hay también un retrato de Joselito, pintado por Enrique Marín, al óleo, que es el único de esta clase que se conserva del gran torero. El conde de Colomby nos muestra, por último, una estampa atribuida a Goya y una ingeniosa historia a pluma de Martínez de León, expresiva y magnífica, que relata una singular anécdota de Ignacio Sánchez Mejías.

—En 1925—nos explica—Ignacio Sánchez Mejías, que estaba disgustado con la Empresa de Sevilla, no pudo figurar en los carteles de la feria de aquel año... Ignacio estaba dolido y quiso tomarse la revancha. En una de las corridas, durante la lidia de un toro que correspondía a Martín Agüero, Sánchez Mejías se tiró al redondel y pidió permiso a la presidencia para banderillar. Le fué concedido, en medio de una gran ovación, y clavó tres pares como él sabía hacerlo. Así se salió con la suya...

Autógrafos

—¿Y autógrafos? ¿No tiene usted autógrafos de toreros célebres?

—En el álbum donde firman los visitantes del museo tengo una buena colección. Casi todos los toreros actuales pasaron por aquí. De los toreros antiguos tengo dos autógrafos de valor...

Y nos lleva a un rincón para ponernos delante un autógrafo del Espartero, escrito once días antes de que el diestro Perdigón pusiera fin trágico a su vida. El autógrafo, en eligio del Guerra, dice así: "Es el torero más completo de todos los que he conocido desde que tomé la alternativa, y en la actualidad trabajan. Inteligente como él no más, no le falta valor, y como compañero es siempre un peón decidido en favor de todos los que profesamos el mismo arte. Sevilla, 16 de mayo de 1894". El otro autógrafo a que se refería el conde de Colomby es un documento que se redactó con el deseo de poner fin al viejo pleito de las alternativas. Como es sabido, la Plaza de Madrid disputaba a Sevilla el derecho de concederlas, y se nombró una comisión de toreros para que, estudiando el asunto, dictaminara Antonio Sánchez, el Tato, Lagartijo, Carmen y Manuel Domínguez fueron los designados. El resultado, en papel timbrado, que lleva fecha de 1881, fué una declaración en la que se decía que sólo las Plazas de Salamanca—Ronda y Sevilla—daban prioridad a las alternativas concedidas.

El conde de Colomby nos enseña también, entre otros objetos curiosos, una vajilla finísima decorada con motivos taurinos.

Una cristalera tallada con alegorías de la fiesta y una colección de azulejos con escenas del "pincierro", pintados por un gran artista sevillano: Montalbán.

El dueño del museo guía por sus interesantes salas a Narbona y al gran aficionado Raimundo Blanco FRANCISCO NARBONA

El propósito de instalarlo en el barrio de Santa Cruz y destinar sus ingresos al Montepío de toreros

Más de dos millones de pesetas le han ofrecido por su adjudicación, y se ha negado a venderlo



Una vista parcial del museo taurino del conde de Colomby en Sevilla, instalado en el barrio de San Bernardo, sede de la torería y del cante "jondo" antes de que la Alameda de Hércules y Triana alumbraran la fama de Joselito y Belmonte



A través de fechas vemos las paredes del museo llenas de retratos de figuras famosas de la torería, cuadros de toros célebres, divisas, esculturas, azulejos, grandes carteles; un tesoro para el buen aficionado

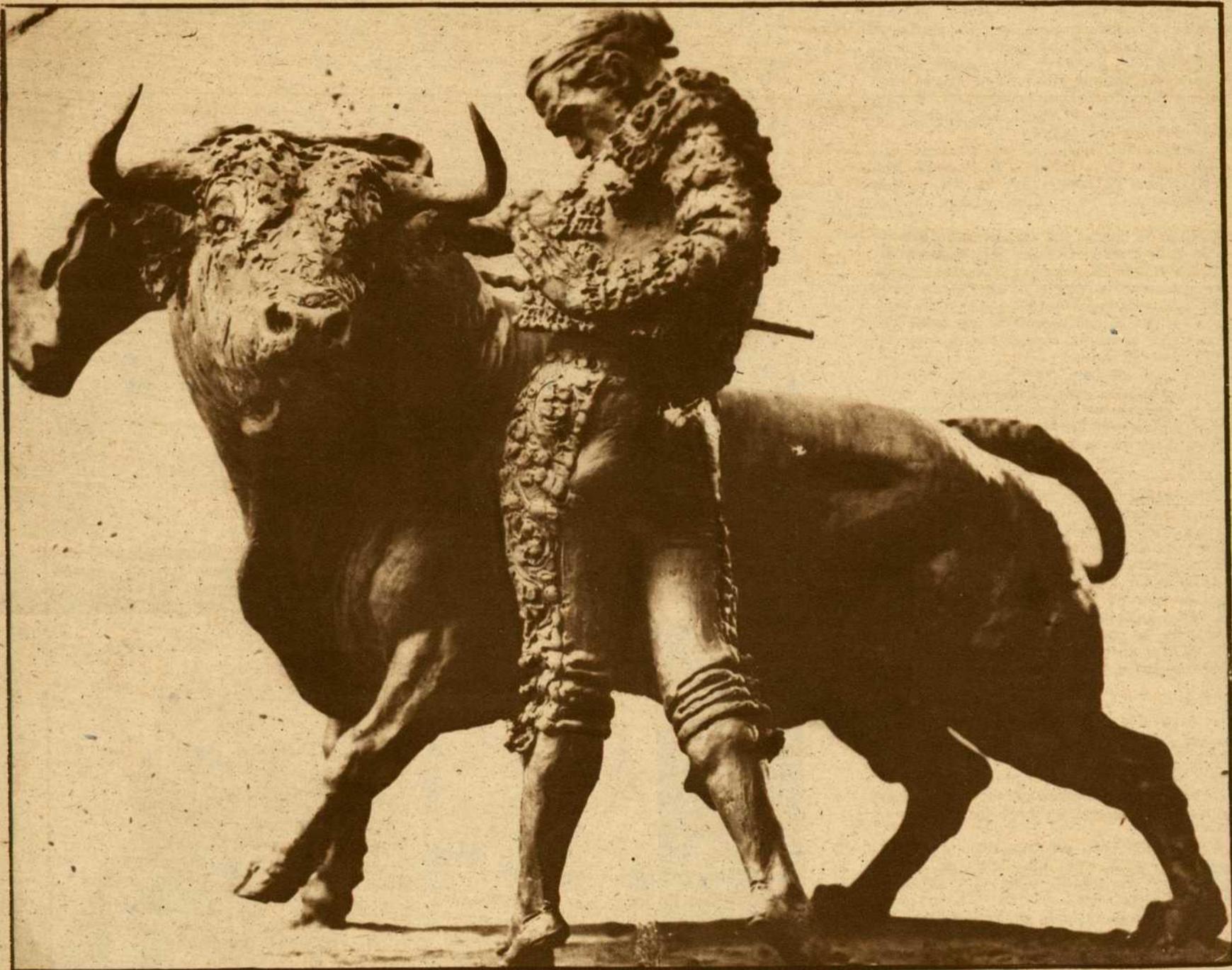


Otra sala del gran museo taurino sevillano. ¿Cuántos carteles habrá en él? Quizá más de trescientos. En seda, en papel, toda la colección de las corridas de Beneficencia en Madrid desde 1846; estadísticas, cuadros de Gonzalo Bilbao, de Perea, de Chaves, de Lizcano... (Fotos Arenas)

COLOR Y SABOR DE LA FIESTA

EL QUE GRITA MAS

Por SAMUEL ROS



Uno de los elementos más importantes de la fiesta es el espectador que grita más.

Como actualmente estoy retirado de la afición, ni tengo autoridad para opinar sobre los toros, ni me sería posible glosar con acierto alguna de sus suertes y desgracias... Ni siquiera estoy enterado de los que gritan, ni sé entre ellos quién es el que grita más.

Pura divagación de recuerdos será; pues, este artículo, cuya calificación en la literatura taurina podría ser la de una humilde larga de peón de brega.

Me han hablado de que actualmente existe un espectador que grita de una forma desaforada. No tengo el gusto de conocerle, pero aprovecho la oportunidad para expresarle mi admiración y animarle a seguir su difícil y principalísima misión en el orden de la lidia.

En mis tiempos conocí muy buenos *gritadores* que influyeron poderosamente en el estilo de los maestros de la época. La ya clásica e inolvidable media verónica de Belmonte (padre) se debe a un afortunado grito que cortó la verónica entera para dejarla en su inmovible y escultórica mitad. Fué en la Plaza de Valencia, un 29 de julio—aunque no recuerdo exactamente el año—, cuando un gritador que competía con otros lanzó este grito toreando por verónicas Belmonte: «No sigas, que ya has llegao...». El maestro se paró y ¡ahí está! (la media verónica).

Naturalmente, no todos los gritadores son benéficos. Los hay meramente escandalosos, otros entorpecedores y algunos hasta catastróficos. Sabido es que algunas cogidas famosas y fatales se debieron a malos gritadores.

Por esta última razón, convendría imponer cierto rigor a los grita-

dores y hasta exigirles certificados de aptitud. Con el tiempo hasta es podría aspirar a la creación de una cátedra que, provista por maestros competentes, diese enseñanza a los futuros gritadores.

Si no fuese por el gritador, hace muchísimo tiempo que el torero y el toro habrían llegado a entenderse en sus mutuas diferencias y la fiesta taurina habría degenerado en una simple y artística exhibición reducida a la plasticidad.

En cierta Plaza sosa donde no asistían gritadores terminaron todos por hacerse de la Sociedad Protectora de Animales, y a no ser porque el toro, ofendido por la calificación, recobraba una bravura desconocida, hubiesen terminado en aquella Plaza por convertir las corridas en pacíficas meriendas-cenas.

Algún día recogeré una antología de gritos taurinos que puede ser útil a la afición. Particularmente a la afición extranjera, porque para ésta lo único incomprendible de la fiesta es el grito del espectador. A un extranjero se le puede hacer comprender la necesidad del picador y mucho más fácilmente la del banderillero, y hasta con habilidad se le puede convencer de que es útil matar al toro... Sólo el grito, y sobre todo el de aquel que grita más, es hermético, incomprendible e indescribible para el espectador extranjero.

Los gritadores de mi época provocaban el grito entre sí como ciertos pájaros reclamo provocan el canto. ¡Qué grandes gritadores aquéllos!

Hoy no sé... Me han asegurado que Manolete tiene un gritador que ha puesto la fiesta nacional de puntillas sobre sí misma.

Por esto pienso volver a la afición.



CORRIDA DEL SETECIENTOS

Por RAFAEL DE CORDOBA

*Fiestas reales: Madrid.
Corrida del setecientos.
En calesas de colores
van mayores del Puerto
y gitanos de Jerez,
duquesas y bandoleros.
Vocerío por la carrera
de la plaza;
al sol, piropos flamencos.
Dos ojos negros se esconden
tras el abanico, y luego
vuelven a mirar...
Suspira
la maja por su chispero.
Ruedan y ruedan los coches;
los cascabeles de plata
rizan su música al viento.
El sol pone en los carteles
su cabellera de fuego;
se agolpa la muchedumbre
para verlos,
y allí, con su hondo perfume
de leyenda, tres nombres:
Pepe-Hillo, Costillares
y Pedro Romero.*

*Carlos IV se acomoda
y estalla sobre el silencio
la salva de los aplausos.
La reina María Luisa
sonríe—sus labios son
dos maravillosos pétalos—.
Godoy—casaca bordada,
pantalón de terciopelo—
se inclina ante la duquesa
de Alba,
que luce un clavel al pecho.
Los majos,
al toro de su alegría
ponen picas de requiebros.*

*Por la gradería cantan
coplas de Pedro Romero.
La Plaza se parte en dos
—sol y sombra, nieve y fuego—,
y el espada, malva y oro,
saluda desde los tercios.
¡Qué gracia la de su talle
quebrándose entre los cuernos,
mientras la muleta finge
reboleras sobre el viento!*

*Se va muriendo la tarde;
hay un profundo silencio.
Pepe-Hillo hunde su estoque
hasta la cruz;
se oye un mugido lejano
con honda reminiscencia
de toros muertos...
El lidiador se ha volcado
valiente, y queda un momento
prendido en la luna de ámbar
de los cuernos...
El girasol del anillo
es un grito agudo;
teñida está la chorrera
de clavelones bermejos,
y toro y torero caen
sobre la arena revueltos.
La Plaza se pone en pie
—naranja, limón y fuego—;
gitanos de amanecida
dan al aire sus lamentos.*

*Se lo llevan en volandas
como una chispa de luz
caída del firmamento,
y por la arena dormida
bajo un palio azul de ensueño...,
¡como seis rayos de plata
corren los banderilleros!*



ANTONIO CASERO

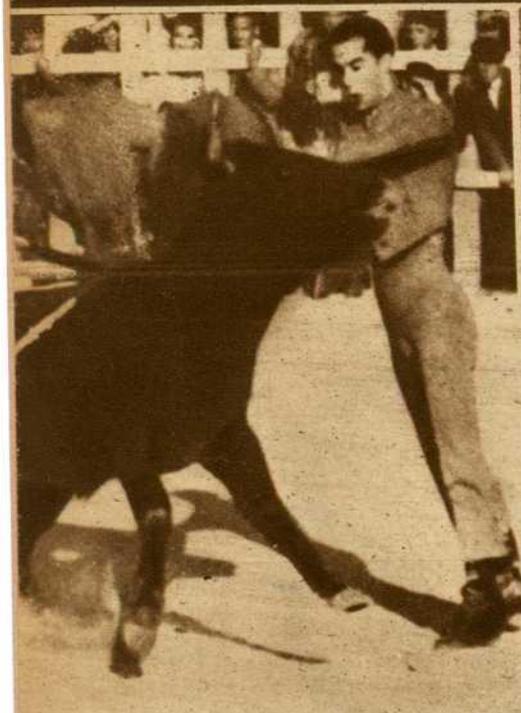
**EL ESTUDIANTE,
MANOLETE,
PEPE, ANGEL LUIS Y
JUANITO BIENVENIDA
en Arganda**



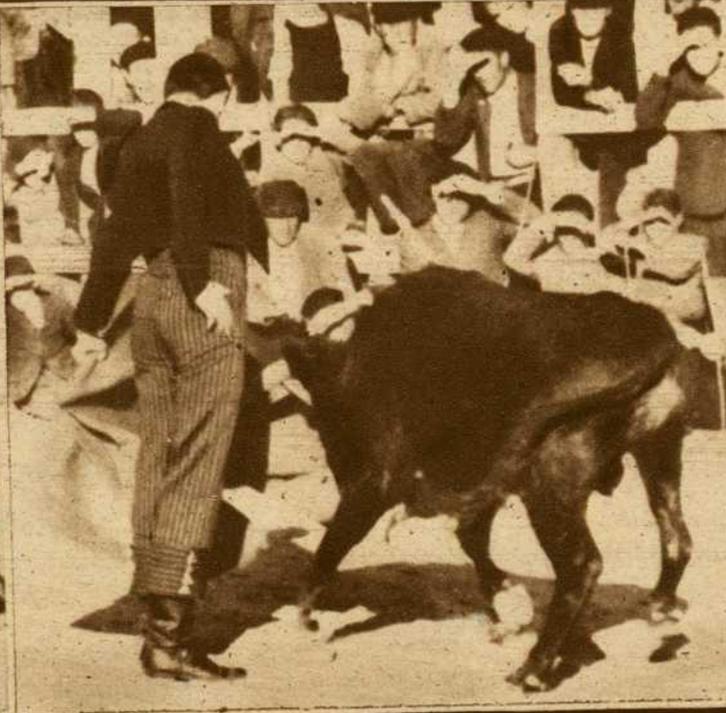
El Estudiante, Angel Luis, Manolete, Juanito y Pepe Bienvenida, momentos antes de comenzar el festival del pasado miércoles en Arganda



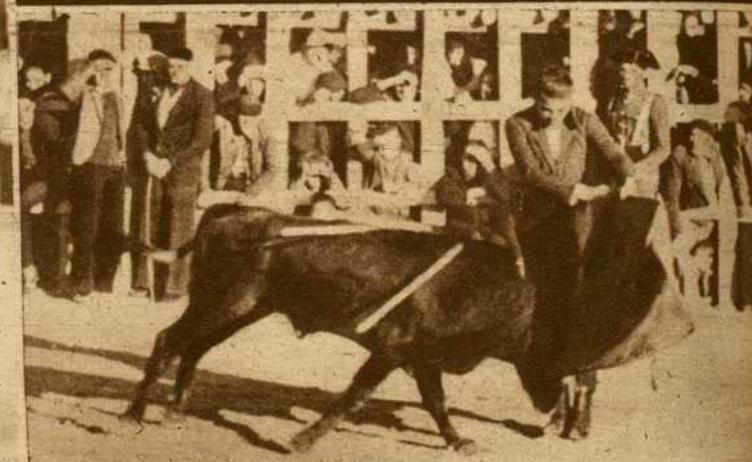
Un pase por bajo con la derecha de Pepe Bienvenida



El Estudiante en un ayudado por alto



Angel Luis en un pase en redondo



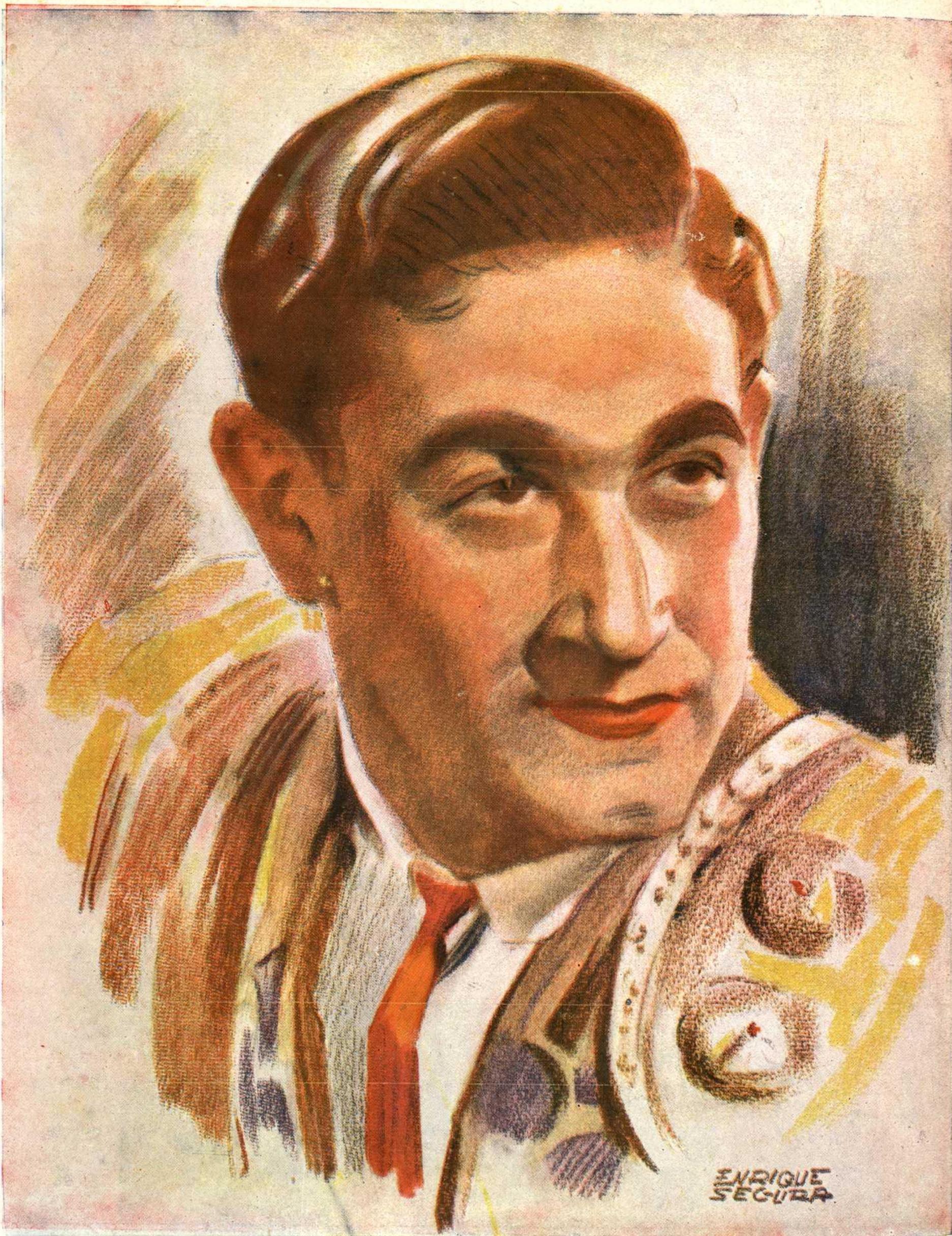
Juanito Bienvenida, al iniciar un ayudado por alto

La pintoresca plaza de Arganda, convertida en ruedo taurino, en el momento de salir las cuadrillas





Un encuentro inesperado
(Dibujo de A. Montañut.)



Toreros célebres: Manuel Mejías, Bienvenida